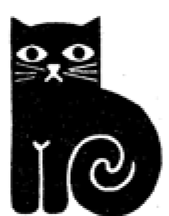
CONQUISTA ESPACIO

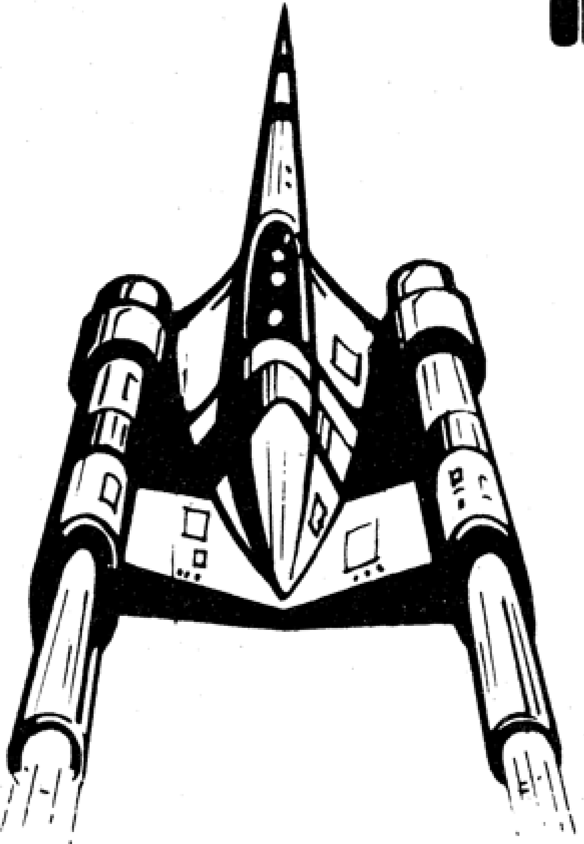


TRAMPA GALACTICA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRA PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

686 — *El planeta de “No Volverás”* — Adam Surray

687 — *La criatura de la Luna* — Lem Ryan

688 — *El planeta maldito* — Clark Carrados

689 — *Planeta rebelde* — Ralph Barby

690 — *Frontera espacial* — Law Space

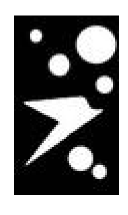
JOSEPH BERNA

TRAMPA GALACTICA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 691

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 32.388 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1983

1.ª edición en América: mayo, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo

que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

La «Cosmos XV» era una astronave militar.

Moderna.

Veloz.

Relativamente pequeña.

Tal vez por eso podía maniobrar tan ágilmente.

Al mando de la «Cosmos» XV» iba el capitán Viktor Kargus, de treinta y dos años de edad, elevada estatura y atlética complexión. Tenía el pelo negro y las facciones varoniles.

Vestía un traje rojo oscuro, de una sola pieza, muy ajustado, y calzaba altas botas plateadas. De su cinto, igualmente plateado, pendía una pistola de rayos que podía realizar varias funciones.

Paralizar durante diez minutos, dejar inconsciente, abrasar, perforar, destruir, desintegrar...

Era un arma verdaderamente temible.

A bordo, sólo el capitán Kargus llevaba ese tipo de pistola. El resto de la tripulación llevaba simples pistolas de rayos láser.

La tripulación era corta.

Nueve personas en total, incluyendo el capitán Kargus.

De ellas, tres eran mujeres.

La misión de la «Cosmos XV» consistía en patrullar por el espacio sideral, siempre dispuesta a acudir en ayuda de cualquier nave terrestre que se hallase en peligro.

No era la única, claro.

Varias astronaves del mismo tipo patrullaban por el Cosmos, con idéntica misión.

Y es que corría ya el año 2285.

Eran muchos, aparte de la Tierra, los planetas habitados por seres terrestres. Y algunos de esos mundos se hallaban muy distanciados de

la Tierra, por lo que se hacía necesario vigilar las distintas rutas comerciales.

No era muy frecuente, pero, en ocasiones, alguna de las naves que transportaban pasajeros o solamente mercancías, se veía atacada por una nave tripulada por seres extraterrestres.

Cuando eso sucedía, la astronave militar más próxima acudía velozmente en auxilio de la nave atacada y entraba en combate, para el que se hallaba perfectamente dotada.

Las astronaves militares que patrullaban por el espacio sideral eran una garantía para las naves comerciales, pues se sabían protegidas, fuera cual fuese su ruta.

Viktor Kargus, que se hallaba en el puente de mando de la «Cosmos XV», miró su reloj y dijo:

—Voy a descansar un rato, teniente Dagge.

—Bien, capitán —respondió Bent Dagge, de veintiocho años de edad, alto y fuerte, también.

Tenía el pelo rubio y las facciones agradables.

Vestía un traje azul brillante, en cuyos hombros lucía galones de teniente. Y, en el centro del pecho, el escudo de la Confederación Terrestre.

Todos lo llevaban.

Aparte de Viktor Kargus, que lucía sus galones de capitán, Bent Dagge era el único oficial de la tripulación.

—Si surge alguna novedad, avíseme, teniente —rogó Viktor.

—Descuide, capitán.

Viktor Kargus abandonó el puente de mando y se dirigió a su camarote. Antes de alcanzarlo, se tropezó con el doctor Rudolph Yashine, de treinta y siete años, pelo castaño y constitución delgada, pero fuerte.

—Hola, capitán —saludó el médico, con una suave sonrisa.

—¿Qué tal, doctor Yashine?

—Aburrido, como siempre. La tripulación está demasiado sana y no tengo trabajo.

Viktor rio.

—Es mejor que no lo tenga, ¿no cree?

—Desde luego. Pero un médico, si no tiene pacientes que atender, se aburre. Y eso es lo que me pasa a mí, capitán Kargus.

—Tengo una idea, doctor.

—¿Qué va a sugerirme, capitán?

—Ordene una revisión médica.

—¿Para qué, si todos están más sanos que yo?

—Bueno, mientras comprueba que la tripulación entera sigue así, estará ocupado. Y le servirá de distracción, ¿no?

—¿Sabe que no es una mala idea, capitán?

—Si decide llevarla a la práctica, cuente con mi autorización, doctor.

—Creo que voy a hacerlo, capitán.

—Sólo le pongo una condición, doctor Yashine.

—¿Cuál?

—Que me excluya a mí de la revisión.

Rudolph Yashine rompió a reír.

—¡Por supuesto, capitán Kargus!

Viktor rio también y se alejó, no sin antes palmear la espalda del médico, al que apreciaba de verdad.

Alcanzó su camarote y se introdujo en él.

Sólo se quitó el cinto y las botas, antes de echarse en su litera.

El traje no le molestaba, así que se limitó a abrirlo hasta la cintura.

Viktor había cerrado ya los ojos, para conciliar el sueño, cuando sonó el timbre de su camarote.

—Vaya —rezongó, y tomó su mando de control remoto, porque no pensaba levantarse para abrir.

Lo accionó y la puerta se abrió.

Una de las mujeres de la tripulación penetró en el camarote.

Era Senta Bieler y portaba una pequeña bandeja en las manos.

—Le he traído esto, capitán Kargus —dijo con una preciosa sonrisa.

Viktor incorporó el torso.

—¿Qué es?

—Café recién hecho.

—¿Por qué te has molestado, Senta?

—No es molestia, capitán.

—Eres muy amable.

—Usted se lo merece, capitán Kargus.

Viktor bajó las piernas de la litera y quedó sentado en ella.

—Ya tiene azúcar, capitán.

—Perfecto —sonrió Viktor, y cogió la taza.

Tomó un sorbo de café.

—¿Cómo está, capitán?

—Delicioso, Senta. Como siempre que lo haces tú.

—Soy la mejor haciendo café, ¿verdad?

—Sin ninguna duda —respondió Viktor—. Pero no se lo digas a Svetla y Roberta, ¿eh?

—¿Por qué?

—No quiero que se molesten.

Senta Bieler se echó a reír.

—No se preocupe, capitán. Ellas son las primeras en reconocer que las supero haciendo café.

—¡Qué sinceras! —sonrió Viktor, y tomó un poco más de café.

Senta le miraba complacida.

Tenía veinticuatro años de edad, el cabello rojizo y los ojos verdosos. Era una chica alta y estaba espléndidamente formada. Al igual que las otras dos mujeres de la tripulación, vestía una breve falda brillante y una blusa amarilla, con el escudo de la Confederación Terrestre a la altura del corazón. Calzaba botas doradas que le llegaban hasta las rodillas.

Viktor la miró a su vez, mientras apuraba la taza de café.

La brevedad de la falda permitía a Senta exhibir casi totalmente sus torneados muslos, y como estaba muy cerca de Viktor, éste, por un momento, sintió deseos de posar sus manos en ellos y acariciarlos.

No lo hizo, claro.

Viktor no solía tomarse ese tipo de libertades con ninguna de las mujeres de la tripulación. Dejó la taza en la pequeña bandeja que sostenía Senta Bieler y dijo:

—Gracias, Senta.

—De nada, capitán.

—Voy a dormir un poco.

—Una manera muy delicada de echarme —sonrió Senta, y se puso en pie.

Viktor tosió.

—Por favor, no digas eso. La verdad es que no tengo sueño. Vine al camarote a descansar un rato.

—¿Me está pidiendo que me quede unos minutos más, capitán?

—Bueno, yo…

—Lo haré encantada, porque en este momento no tengo ninguna ocupación —aseguró Senta, y se deshizo de la bandeja.

Después, volvió a sentarse en la litera y cruzó las piernas, lo que la obligó a exhibirlas aún más que antes.

—¿De qué hablamos, capitán Kargus?

—De lo que quieras.

—Hablemos de mí, para empezar. ¿Le parezco bonita, sólo monina, o más bien feúcha…?

—Bonita, muy bonita —respondió Kargus, sin dudar.

—¿En serio?

—Sí, eres una chica preciosa, Senta.

—Creo que lo dice por galantería, capitán.

—No, soy absolutamente sincero.

—Conozco un sistema para saber si miente, se lo advierto.

—¿De veras?

—Y no falla nunca.

—Vaya.

—¿Me permite que b ponga en práctica, capitán Kargus?

—Bueno.

Senta Bieler alzó los brazos, se los pasó por el cuello a Viktor Kargus, y después le besó en los labios, muy hábilmente.

CAPÍTULO II

En el puente de mando del «Cosmos XV», junto con el teniente Dagge, se encontraban Ulf Arwich, Ossi Lonnquist y Roberta Bucci.

La astronave, en aquellos momentos, recorría una de las rutas espaciales más lejanas de la Tierra.

Las más lejanas, naturalmente, eran las más peligrosas para las naves comerciales, pues era más fácil tropezarse con alguna nave tripulada por extraterrestres hostiles.

Por ello, estas rutas lejanas eran las más vigiladas por las astronaves militares que patrullaban por el espacio cósmico.

La ruta que recorría la «Cosmos XV», hasta el momento, estaba tranquila.

Ninguna nave extraterrestre.

Ninguna llamada de socorro.

Ningún síntoma de alarma.

Ello permitía a Bent Dagge bromear con los tres miembros de la tripulación que en aquellos momentos prestaban servicio en el puente.

Ulf y Ossi, los dos varones, tenían la misma edad, veintiséis años, y una constitución física parecida. Roberta, la mujer, tenía veintitrés años y era una morena muy atractiva.

La última broma del teniente Dagge los había hecho reír a los tres.

Y así les sorprendió el doctor Yashine cuando apareció en el puente de mando. Riendo alegremente.

—¿Quién ha contado el chiste? —preguntó Rudolph.

Bent Ulf, Ossi y Roberta se volvieron hacia él.

—Hola, doctor —le saludó el primero.

—Lo están pasando bien, ¿eh, teniente Dagge?

—Bueno, hay que distraerse.

—Yo también me voy a distraer, dentro de poco —repuso Rudolph.

—¿Con qué? —preguntó Bent

—Con la revisión médica general.

—¿Revisión médica general...?

—Sí, el capitán Kargus me ha autorizado a ordenarla.

Bent, Ulf, Ossi y Roberta se miraron, sorprendidos.

Después, el segundo preguntó:

—¿Hay algún virus a bordo?

—Espero que no —carraspeó Rudolph, conteniendo la risa.

—¿A qué viene lo de la revisión, entonces? —preguntó Ossi.

—Quiero asegurarme de que la tripulación goza de buena salud, eso es todo.

—¡Si no podemos estar más sanos, doctor! —exclamó Roberta.

—Aparentemente.

Bent sacudió la cabeza, sonriendo.

—Oh, vamos, doctor... Usted sabe que estamos todos sanos como peces.

—Es mi obligación comprobarlo, teniente. Y puesto que el capitán Kargus está de acuerdo, llevaré a cabo la revisión. ¿Quién quiere ser el primero en acudir a la enfermería? —preguntó Rudolph.

Bent, Ulf, Ossi y Roberta volvieron a mirarse.

El primero carraspeó y dijo:

—Nosotros estamos de servicio, doctor. No podemos abandonar el puente.

—Empiece por Haruo —sugirió Ulf.

—O por Svetla —dijo Ossi.

—O por Senta —añadió Roberta.

Rudolph sonrió.

—Los he buscado, pero no he visto a ninguno de los tres.

—Eso es que ya deben saber lo de la revisión —dijo Bent haciendo reír a Ulf, Ossi y Roberta.

Hasta el propio Rudolph rio.

—¿Insinúa que se han escondido, teniente?

—¡Seguro!

Volvieron a reír todos.

Las risas, sin embargo, duraron muy poco, porque justo en aquel momento se recibía una llamada de socorro en la «Cosmos XV».

* * *

La acción de Senta Bieler había dejado muy sorprendido a Viktor Kargus, quien no esperaba que la muchacha le rodeara el cuello con los brazos y lo besara en los labios.

Tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente lo hizo.

Abrazó a Senta y le devolvió el beso, demostrándole que él también tenía su experiencia.

Cuando se separaron sus bocas, que fue casi tres minutos después, ella le miró y sonrió.

—Era cierto, capitán.

—¿El qué?

—Que le gusto.

—Te dije que era sincero.

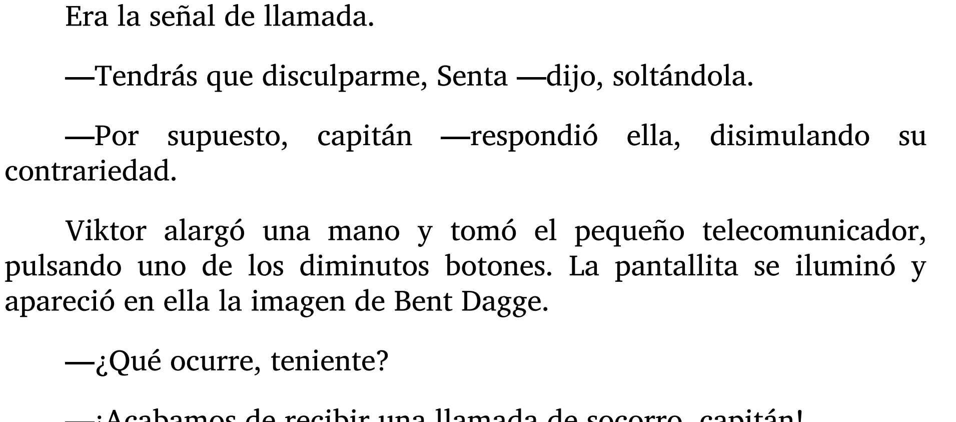
—Me he llevado una gran alegría, porque yo pensaba que sólo le gustaba mi café.

—Tú aún me gustas más —sonrió Viktor.

Senta entreabrió sus carnosos labios.

—Béseme otra vez, capitán.

Viktor se disponía a hacerlo, cuando su telecomunicador portátil empezó a emitir un zumbido intermitente.



Era la señal de llamada.

—Tendrás que disculparme, Senta —dijo, soltándola.

—Por supuesto, capitán —respondió ella, disimulando su contrariedad.

Viktor alargó una mano y tomó el pequeño telecomunicador, pulsando uno de los diminutos botones. La pantallita se iluminó y apareció en ella la imagen de Bent Dagge.

—¿Qué ocurre, teniente?

—¡Acabamos de recibir una llamada de socorro, capitán!

—¿Una nave comercial?

—¡Sí, ha sido atacada por una nave extraterrestre!

—¿Conoce su posición, teniente?

—¡Sí!

—¿Está lejos de nosotros?

—¡No mucho, capitán!

—Corramos en su ayuda, teniente Dagge.

—¡Ya vamos hacia allí, capitán Kargus!

—Bien. En un minuto estaré en el puente —dijo Viktor, y cortó la comunicación.

Se puso rápidamente las botas, se cerró el traje y se colocó el cinto. Mientras se lo abrochaba, dijo:

—Lo siento, Senta, pero el segundo beso tendrá que esperar.

La muchacha se levantó también de la litera.

—No se preocupe, capitán. En realidad, el primero valió por dos.

—Eso es verdad —sonrió Viktor, y abrió la puerta del camarote.

Salieron los dos de él con rapidez y corrieron hacia el puente de mando.

—¿Estamos en comunicación con la nave comercial, teniente Dagge? —preguntó Viktor.

—No, capitán —respondió Bent—. Se cortó a los pocos segundos.

—¿Dónde sufrió el ataque?

Bent señaló un punto de la carta de navegación.

—Aquí exactamente.

Viktor frunció el ceño.

—Eso está fuera de la ruta, teniente.

—En efecto.

—Es raro, ¿no?

—Confieso que a mí también me lo pareció, capitán.

—¿Por qué diablos abandonaría su ruta esa nave comercial? —rezongó Viktor.

Bent no contestó.

No conocía la respuesta.

Sólo la nave comercial podía darla, aunque no en aquellos momentos, porque era imposible establecer comunicación con ella.

CAPÍTULO III

La fantástica velocidad que en aquellos momentos desarrollaba la «Cosmos XV» empezó a reducirse al entrar en funcionamiento los retrocohetes.

El capitán Kargus había ordenado que fueran activados, porque la astronave militar se estaba aproximando al lugar en donde la nave comercial, extrañamente fuera de la ruta, había sido atacada por una nave extraterrestre.

La potente cámara telescópica de la «Cosmos XV» captó una panorámica del lugar y la ofreció a través de la pantalla, dejando claramente sorprendidos al capitán Kargus y los suyos.

No era para menos, pues en ese lugar del universo había un buen número de naves espaciales, de todos los tamaños y diseños, totalmente quietas.

Entre ellas, naturalmente, se encontraba la nave comercial que lanzara la llamada de socorro captada por la «Cosmos XV».

La nave estaba intacta.

No había sufrido ningún daño.

Tampoco las otras naves ofrecían señales de haber sido atacadas.

Sin embargo, allí estaban.

Detenidas en el espacio.

Agrupadas en un mismo lugar.

Como si estuvieran todas averiadas y no pudieran abandonarlo.

La «Cosmos XV» seguía aproximándose, cada vez a menor velocidad, porque los cohetes de frenado continuaban reduciendo su marcha.

El capitán Kargus y los suyos estaban preparados para rechazar cualquier ataque. Se hallaban todos en el puente de mando, ya que Svetla Ralenkova y Haruo Taysuya habían acudido también, avisados por el teniente Dagge.

Svetla era rubia, tenía veinticinco años de edad y los ojos azules.

Haruo, de raza oriental, tenía treinta años y llevaba el cráneo afeitado. No se pasaba de alto, pero, en cambio, era extraordinariamente corpulento.

Todos se hallaban en sus puestos, tensos y silenciosos, esperando el más que posible ataque de la nave que atacara a la nave comercial.

¿Cuál de ellas sería la nave extraterrestre...?

¿O no se encontraba allí...?

El capitán Kargus rompió el silencio, indicando:

—Intenta establecer de nuevo comunicación con la nave comercial, Roberta. O con cualquiera de las otras naves. Tenemos que saber qué diablos ocurre en ese maldito lugar.

—Bien, capitán —respondió la atractiva morena.

Hizo varias llamadas, pero no hubo respuesta.

Ninguna de las naves contestaba.

¿Estarían abandonadas?

¿Habrían sido hechos prisioneros sus tripulantes?

¿Habrían muerto?

Viktor Kargus, comprendiendo que era inútil insistir, dijo:

—Déjalo ya, Roberta.

La morena no hizo más llamadas.

—¿Sabe lo que me parece eso, capitán? —habló Bent.

—¿Qué?

—Un cementerio de naves.

—Sí, podría serlo, teniente.

—Es peligroso acercarse más, capitán.

—Tenemos que hacerlo. Es la única manera de saber lo que sucede en ese lugar.

—Podemos caer en una trampa. Y creo que eso fue lo que le pasó a todas esas naves. Se aproximaron a ese lugar y quedaron atrapadas en él.

—La nuestra es una nave de combate, teniente. Si somos atacados sabremos defendemos. Estamos preparados para ello.

Bent Dagge guardó silencio.

Conocía perfectamente la capacidad de lucha de la «Cosmos XV», la eficacia de sus armas y de sus dispositivos de defensa, pero seguía inspirándole temor el lugar hacia el cual se acercaban.

Estaba casi seguro de que iban hacia una trampa galáctica.

Hacia una encerrona espacial.

Y que pudieran salir de ella o no era algo que estaba por ver.

Todas aquellas naves, evidentemente, no habían podido.

¿Lo conseguiría la «Cosmos XV»?

Pronto se sabría, porque estaban llegando ya al peligroso lugar.

* * *

Las naves espaciales podían verse ahora a través del mirador del puente.

Seguían quietas.

Silenciosas.

Como si no quedara nadie con vida en ellas.

La «Cosmos XV» alcanzó las primeras naves, pero no pasó nada, por el momento.

La tranquilidad más absoluta seguía reinando en el lugar.

Pero no duró mucho.

El peligro se cernía ya sobre la astronave militar.

Y se hizo patente.

Ocurrió de pronto.

Y de la manera más insospechada, pues lo que menos esperaban el capitán Kargus y los suyos es que una gigantesca red metálica cayera repentinamente sobre la «Cosmos XV» y la envolviera totalmente, atrapándola.

—¡Nos atacan, capitán! —gritó el doctor Yashine.

—¡Nos han echado una red! —dijo Senta.

—¡Quieren atraparnos! —exclamó Ulf.

—¡Sabía que veníamos hacia una trampa! —barbotó Bent

—¡Saldremos de ella, teniente! —dijo Viktor—. ¡Escaparemos de esta maldita red!

La «Cosmos XV» realizó unas cuantas maniobras, intentando salir de la colosal red metálica, pero todas ellas resultaron inútiles.

Habían caído en una trampa perfecta.

No tenía salida.

La única era destruir la red metálica.

El capitán Kargus y su gente lo intentaron, pero entonces ocurrió algo terrible.

¡La red metálica empezó a soltar descargas de energía!

La estructura de la nave militar tembló.

Lo peor, sin embargo, fue que también los cuerpos del capitán Kargus y los otros temblaron, acusando las descargas de energía.

Unas descargas terriblemente dolorosas, que les hicieron gritar con desesperación.

El sufrimiento era tan intenso, que los terrestres cayeron en el suelo y se contorsionaron en él, sin dejar de chillar.

Las descargas de energía continuaron hasta que los nueve tripulantes de la «Cosmos XV» perdieron el conocimiento, incapaces de resistir tanto dolor.

Entonces, las descargas que emitía la gigantesca red metálica cesaron y ésta empezó a ascender lentamente, desenvolviendo a la astronave militar.

La «Cosmos XV» no podía huir.

Su tripulación había quedado inutilizada.

* * *

El capitán Kargus y el teniente Dagge volvieron en sí casi al mismo tiempo, y en seguida se dieron cuenta de que ya no se hallaban en la «Cosmos XV».

Habían sido trasladados a otra nave.

A la nave extraterrestre.

La de los seres que los habían atrapado, utilizando la colosal red metálica que soltaba las terribles descargas de energía.

Viktor y Bent, como el resto de los miembros de la tripulación, se encontraban en una sala hexagonal, sujetos a sus metálicas paredes por sendos grilletes.

Tenían todos los brazos en alto, ligeramente separados de la cabeza, y los siete que todavía permanecían inconscientes colgaban de los grilletes que cercaban sus muñecas con la cabeza doblada sobre el pecho.

En los pies no les habían puesto grilletes.

Lo que sí les habían puesto a todos era una especie de collar metálico, del que sobresalían ligeramente una serie de pequeños discos de distintos colores.

Los collares, de unos cuatro centímetros de anchura, les quedaban perfectamente ajustados, hasta el punto de oprimirles ligeramente el cuello.

Naturalmente, los habían despojado a todos de sus cintos.

Estaban los nueve desarmados.

En la hexagonal sala, bastante amplia, no se veía a ninguno de los seres que los habían hecho prisioneros. Lo que sí se veía, en una de las paredes, era una pantalla de televisión, que en aquellos momentos permanecía apagada.

Justo, debajo de la pantalla, se veía un extraño aparato electrónico que tampoco funcionaba, por el momento.

En las dos paredes que flanqueaban a la que tenía la pantalla de televisión y la extraña máquina electrónica, no habían sido colocados ninguno de los prisioneros terrestres.

Ocupaban las otras tres paredes de la sala, a razón de tres en cada una de ellas.

El capitán Kargus, el teniente Dagge y el doctor Yashine se hallaban sujetos a la misma pared, quedando Viktor flanqueado por Bent a su derecha y Rudolph a su izquierda.

En otra de las paredes habían sido colocados Ulf Arwich, Ossi Lonnquist y Haruo Tatsuya, quedando la tercera pared reservada para Senta Bieler, Roberta Bucci y Svetla Ralenkova.

Viktor y Bent lo observaban todo, en silencio y con el rostro contraído, porque todavía acusaban los efectos de las dolorosas descargas de energía.

Cuando sus miradas se encontraron, el segundo rezongó:

—Nos han atrapado, capitán.

—Así es, teniente. No nos dieron tiempo de nada. La maldita red cayó sobre nuestra astronave por sorpresa, nos envolvió, y ya no pudimos salir de ella. Ni destruirla, porque no pudimos resistir las terribles descargas.

—A mí me duele todo, capitán. Y me siento débil.

—Lo mismo me ocurre a mí. Son los efectos de las descargas, teniente. Esperemos que pasen pronto, porque necesitamos de todas nuestras energías para poder salir de esto.

—No será fácil lograrlo, capitán. Ya ve cómo nos tienen a todos, encadenados a las paredes de esta maldita sala, sin armas y con estos extraños collares en el cuello. ¿Para qué diablos servirán?

—No tengo la menor idea.

—Siento complejo de perro —masculló Bent—. ¿Usted no, capitán?

Viktor sonrió.

—Por el momento, no siento deseos de ladrar.

—Yo, sí. Y de morder. A los seres que nos han atrapado.

Viktor iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que el doctor Yashine estaba volviendo en sí.

Tan sólo unos segundos después, eran Ulf y Ossi los que recobraban el conocimiento. Y, un poco más tarde, era Haruo quien levantaba la cabeza y abría los ojos.

Las últimas en despertarse fueron Senta, Roberta y Svetla.

Todos, sin excepción, se hallaban doloridos y debilitados por las descargas de energía que les hicieran perder el conocimiento.

Pero estaban vivos, que era lo importante.

Prisioneros de los seres que les atacaron, pero vivos.

Y, mientras conservasen la vida, tendrían posibilidades de recuperar la libertad.

Era lo que el capitán Kargus les estaba diciendo a los suyos, para animarles, cuando, de pronto, la pared que estaba a la derecha de la que tenía la pantalla de televisión y el extraño aparato electrónico empezó a desplazarse silenciosamente.

Era la puerta de la sala hexagonal.

Y por ella iban a surgir los seres que los habían hecho prisioneros.

CAPÍTULO IV

Los nueve cautivos terrestres clavaron sus ojos en el hueco que iba dejando la pared móvil, intuyendo que iban a conocer a los seres que los habían capturado.

Sentían curiosidad por saber cómo eran físicamente.

Una curiosidad no exenta de temor, especialmente por parte de Senta, Roberta y Svetla, que eran las más preocupadas por la situación en que se encontraba la tripulación de la «Cosmos XV».

Y no es que fuesen unas chicas asustadizas.

Las tres tenían valor y lo habían demostrado sobradamente, porque no era la primera vez que se veían en peligro desde que formaban parte de la tripulación del «Cosmos XV».

Sí era, en cambio, la primera vez que se hallaban en poder de seres extraterrestres, y la posibilidad de que se tratase de seres monstruosos hacía que las tres mirasen hacia la puerta de la sala hexagonal con la respiración contenida.

La pared móvil se desplazó algo más de un metro y se detuvo.

Entonces, aparecieron los extraterrestres.

Seis, exactamente.

Senta, Roberta y Svetla se estremecieron profundamente.

—Dios mío… —musitó la primera.

—Son horribles… —murmuró la morena.

—Espantosos… —dijo la rubia.

El capitán Kargus, el teniente Dagge, el doctor Yashine, Ulf, Ossi y Haruo no hicieron ningún comentario, pero estaban totalmente de acuerdo los seis en lo que habían dicho las tres mujeres de la tripulación

Los extraterrestres eran unos seres horrorosos.

Escalofriantes de verdad.

Tenían la cabeza aplastada, la boca grande y la piel escamosa,

brillante, verdosa.

Ello, unido al hecho de que carecían de orejas y tenían la lengua bífida, hacía que las monstruosas cabezas de aquellos seres fuesen prácticamente idénticas a las de las serpientes.

Y eso eran, precisamente, aquellos horripilantes seres.

Hombres-serpiente.

Hombres-serpiente, sí, porque tenían brazos, pecho y piernas de hombre, sólo que cubiertos totalmente de escamas verdosas y brillantes como la cabeza.

De talla y complexión eran parecidos a los varones terrestres, ya que medían entre metro ochenta y metro noventa de estatura, y eran fuertes y musculosos.

Por toda vestimenta llevaban un breve slip plateado.

Llevaban también un cinto del que pendían varios objetos muy extraños. Lo mismo podían ser armas, que mandos de control remoto, o cualquier otra cosa.

Iban todos descalzos, lo que permitió a los terrestres comprobar que, más que pies, aquellos seres tenían garras. Y lo mismo sucedía con sus manos.

Los dedos, unidos entre sí por unas flexibles membranas, estaban rematados por unas uñas temibles, capaces de abrir la carne como pequeños cuchillos.

En cuanto a los dientes…

Eran realmente terroríficos.

Como sus ojos, que miraban de una forma que helaba la sangre.

Los seis hombres-serpiente se detuvieron en el centro de la sala y observaron largamente a los prisioneros terrestres, sin pronunciar palabra.

O sin emitir gruñidos, porque faltaba saber si aquellos espantosos seres hablaban o gruñían.

El capitán Kargus, para salir de dudas, preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿Para qué nos atacasteis? ¿Qué pensáis hacer con nosotros?

Los horribles ojos de los hombres-serpiente se clavaron en él, pero siguieron callados.

Viktor continuó:

—¿Dónde están los tripulantes de la nave comercial que atacasteis antes que la nuestra? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Y qué ha sido de los tripulantes de las otras naves, igualmente atacadas por vosotros?

Los extraterrestres no rompieron el silencio.

—Es inútil, capitán —dijo Bent Dagge—. Los tipos no le entienden.

—Eso parece —rezongó Viktor.

—Son unos seres monstruosos —dijo el doctor Yashine.

—Hombres-serpiente, doctor —repuso Bent.

—¿De dónde procederán? —se preguntó Ulf.

—Me temo que no lograremos averiguarlo —masculló Ossi.

—Me gustaría pelear con uno de ellos —dijo el hercúleo Haruo—. Le daría su merecido.

—No estás en condiciones, Haruo —recordó Viktor.

—Tienes razón, capitán. Pero, aun en mi estado actual, creo que vencería al hombre-serpiente que aceptase mi reto.

—Yo, desde luego, apostaría por ti —dijo Svetla

—Y yo —habló Roberta.

—Eres un gran luchador, Haruo —dijo Senta.

—Gracias a las tres —sonrió el oriental, halagado

Los hombres-serpiente miraban ahora a Haruo.

De pronto, uno de ellos gruñó algo en su lengua y dos de sus compañeros se acercaron al oriental.

Viktor temió que fueran a golpearle, pero no hicieron tal cosa, sino algo que le sorprendió a él y sorprendió a todos los demás.

¡Estaban abriendo los grilletes a Haruo!

¡Iban a soltarle!

El oriental, más sorprendido que nadie, exclamó:

—¡Estoy libre, capitán!

Viktor, en vez de alegrarse, compuso un claro gesto de preocupación y dijo:

—Creo que los hombres-serpiente te han entendido, Haruo.

—¿Qué?

—Han aceptado tu reto.

* * *

El capitán Kargus no se equivocó.

Los extraterrestres habían entendido las palabras de Haruo Tatsuya y querían pelear con él, sin esperar a que el fornido oriental se recuperase totalmente de los efectos de las descargas de energía.

De ahí la preocupación de Viktor. Haruo, dolorido y debilitado, tendría muchos problemas para derrotar al hombre-serpiente que luchara con él.

¿O tendría que enfrentarse a más de uno...?

Era la segunda preocupación de Viktor, pues temía que Haruo fuera atacado por dos o tres de aquellos seres, y entonces sí que no tendría la menor posibilidad de salir airoso, dado su estado actual.

En plenitud de facultades físicas, Haruo podría mantener a raya a dos hombres-serpiente. E incluso a tres, gracias a su extraordinaria fortaleza y a su habilidad para la lucha cuerpo a cuerpo, pero en las condiciones actuales...

Haruo estaba contento.

Pensaba que iba a luchar con un hombre-serpiente, y no dudaba de que, a pesar de sus dolores y su debilidad, que reducían su capacidad física a un cincuenta por ciento, sería el vencedor.

Lamentablemente, los temores del capitán Kargus se confirmaron.

Haruo tendría que luchar con dos hombres-serpiente.

Los dos que le habían soltado los grilletes.

Le atacaron a la vez.

Sin avisar.

Y el oriental tuvo que defenderse como pudo.

CAPÍTULO V

El capitán Kargus sintió que la ira le dominaba.

—¡Eso es una cobardía! —rugió, con los puños apretados y tirando de los grilletes, que no cedieron ni un milímetro, porque haría falta la fuerza de un elefante para hacerlos saltar.

—¡Dos contra uno! —gritó el teniente Dagge, igualmente furioso por la acción de los hombre-serpiente—. ¡Qué cerdos!

—¡Haruo no podrá con ellos! —vaticinó el doctor Yashine.

Ulf, Ossi, Senta, Roberta y Svetla pensaron lo mismo, pero no lo dijeron.

Haruo, al verse atacado por dos de aquellos seres a la vez, había dado un salto, poniéndose momentáneamente fuera del alcance de sus rivales.

—Así que tengo que vérmelas con una parejita, ¿eh? —rezongó, preparando los cantos de sus manos.

En condiciones normales, eran dos auténticas hachas.

Y las puntas de sus dedos pequeñas barras de acero.

Lamentablemente, la potencia de sus golpes no iba a ser la acostumbrada, como tampoco la agilidad de movimientos de su musculoso cuerpo, pero el bravo oriental estaba dispuesto a hacerles todo el daño posible a los dos hombres-serpiente, por cobardes.

—¡Vamos, venid por mí! —dijo, en actitud desafiante.

Los dos extraterrestres le atacaron de nuevo.

Haruo disparó su pierna derecha y, con el talón de su bota, golpeó el estómago de uno de los alienígenas.

El hombre-serpiente se dobló en el acto, lanzando un rugido de dolor.

Su compañero intentó golpear en la cabeza del terrestre, pero falló, porque éste se encogió y burló la zarpa del alienígena.

Haruo le incrustó la punta de sus dedos de su mano derecha en las costillas, a modo de cuña, y lo hizo bramar a gusto.

El extraterrestre se encogió, naturalmente, lo cual aprovechó el oriental para asestarle un golpe en el cuello, con el filo de su mano izquierda.

El hombre-serpiente cayó al suelo.

El otro, repuesto del golpe que recibiera en el estómago, le soltó un furioso zarpazo en la cara.

Si Haruo no llega a apartarla, se la desgarra desde la frente a la barbilla con sus temibles uñas de animal

El terrestre, en rápido contraataque, golpeó al alienígena en el costado derecho, con el canto de la mano y cuando el tipo se encogió rugiendo de dolor, le atizó una patada en la cara y lo derribó.

El capitán Kargus, jubiloso por lo bien que se estaba defendiendo el oriental, pese a sus mermadas condiciones físicas, exclamó:

—¡Bravo, Haruo!

El teniente Dagge, el doctor Yashine y el resto de los miembros de la tripulación, se hallaban igualmente eufóricos.

—¡Atízales duro! —pidió Bent

—¡Demuéstrales que eres el mejor, Haruo! —dijo Rudolph.

—¡Y eso que no puedes emplearte a fondo! —añadió Ulf.

—¡Si no estuvieras mermado de facultades, los tumbas a los seis! —aseguró Ossi.

Senta, Roberta y Svetla también dedicaron frases de ánimo al valeroso oriental.

Desgraciadamente, a los cuatro alienígenas que presenciaban la pelea no les gustó que Haruo golpeara y derribara a los dos hombres-serpiente que tenía como rivales, y uno de ellos, el que ordenara soltar al terrestre para que pudiera pelear, decidió intervenir.

Pero no en la pelea.

No tenía ningún interés en medir sus fuerzas con el terrestre, después de ver lo bien que éste sabía defenderse.

Lo único que quería era facilitarles las cosas a los dos seres que luchaban con el terrestre. Y, para ello, tomó uno de los extraños objetos que pendían de su cinto.

Lo accionó y, al instante, uno de los pequeños discos que sobresalían ligeramente del collar que llevaba puesto Haruo, se iluminó.

Era el disco color verde.

Al iluminarse el pequeño disco, Haruo lanzó un grito de dolor y se llevó las manos al cuello.

¡Estaba sufriendo una especie de calambre general!

¡Era una descarga de energía!

Por fortuna, la descarga no era tan intensa como las que soltara la red metálica que cayó por sorpresa sobre la «Cosmos XV», y Haruo pudo resistirla de pie.

No obstante, el terrestre intentó arrancarse del cuello el maldito collar, para dejar de sufrir.

El hombre-serpiente que manejaba el pequeño objeto, que parecía ser un mando de control remoto, a juzgar por la función que realizaba, lo accionó de nuevo

El pequeño disco verde se apagó, iluminándose inmediatamente el disco azul.

Haruo lanzó un nuevo grito, al tiempo que sufría una violenta sacudida. Estaba recibiendo una segunda descarga de energía, más intensa que la primera.

Dio la impresión de que se iba a derrumbar, pero no

Continuó de pie.

Luchando con el collar metálico.

No podía arrancarlo de su musculoso cuello.

El hombre-serpiente accionó nuevamente su mando de control remoto, se apagó el pequeño disco azul y se encendió un disco amarillo.

Esta vez, Haruo lanzó un auténtico alarido y cayó al suelo, loco de dolor.

¡Estaba recibiendo una descarga terrible!

Y no era la mayor que podía recibir.

Faltaba por encenderse un disco rojo.

Y, si se encendía, Haruo no podría resistirlo y se desvanecería.

No era eso lo que el hombre-serpiente quería, así que accionó de nuevo su mando y el disco amarillo siguió encendido, atormentando al terrestre con su dolorosa descarga eléctrica.

Haruo se retorcía en el suelo, aullaba, pataleaba.

Los dos hombres-serpiente, derribados a golpes por el oriental, saltaron sobre él y se tomaron cumplida venganza.

Haruo no pudo defenderse.

Los hombres-serpiente lo molieron a golpes.

Y, no satisfechos con ello, le soltaron unos cuantos zarpazos.

Y las afiladas uñas de los alienígenas desgarraron el traje de Haruo y se clavaron en su carne, desgarrándola también.

Le causaron heridas en el pecho, en los brazos, en la cara...

Al ver brotar la sangre, el capitán Kargus y el resto de los miembros de la tripulación sintieron que la suya les quemaba en las venas, y si antes ya habían gritado e insultado a los hombres-serpiente, por lo que estaban haciendo con Haruo, ahora rugieron de ira y los llamaron de todo.

—¡Cobardes!

—¡Canallas!

—¡Hijos de perra!

—¡Bichos asquerosos!

—¡Soltadnos a todos y sabréis lo que es bueno!

El hombre-serpiente que manejaba el mando de control remoto se volvió hacia ellos, furioso, y accionó el pequeño aparato, haciendo que se encendieran los discos verdes de los collares metálicos que cercaban los cuellos de los prisioneros terrestres.

El capitán Kargus y los suyos sufrieron sendas descargas de energía y empezaron a gritar, estremecidos de dolor.

Y eso que estaban recibiendo el tipo de descarga más débil.

Pero no tardaron en probar la descarga del disco azul.

Y, poco después, probaban la descarga del disco amarillo.

Los gritos de los terrestres, ahora, eran ensordecedores.

Sus cuerpos se convulsionaron, sacudidos por las descargas de energía, pero ninguno de ellos llegó a perder el conocimiento.

El hombre-serpiente que les estaba torturando deseaba prolongar su sufrimiento, y no encendió los disco rojos.

El que sí que había perdido el conocimiento era Haruo Tatsuya, aunque no a causa de las descargas de energía, sino de los muchos golpes recibidos y las dolorosas heridas sufridas.

Al verlo inconsciente, los dos extraterrestres que se estaban ensañando con él dejaron de golpearle y de soltarle zarpazos. Le quitaron las botas y lo despojaron del desgarrado traje, dejándole en slip.

Después, hicieron algo verdaderamente horroroso

Inclinaron sus aplastadas cabezas y empezaron a lamer la sangre que brotaba de las heridas del terrestre con sus bífidas lenguas.

¡Les gustaba la sangre humana!

¡Se alimentaban de ella!

* * *

El hombre-serpiente que torturaba a los prisioneros terrestres decidió que ya les había hecho sufrir bastante y accionó de nuevo su mando de control remoto

Los pequeños discos amarillos se apagaron y las descargas de energía cesaron, por lo que el capitán Kargus y los suyos dejaron de gritar y de contraerse violentamente.

Sus cuerpos, no obstante, temblaron durante bastantes segundos.

Se sentían todos desfallecidos.

Senta, Roberta y Svetla, especialmente, colgaban literalmente de los grilletes, sin fuerzas para sostenerse en pie.

Gemían las tres, con lágrimas en los ojos, porque habían sufrido mucho y se hallaban literalmente deshechas.

El primero en darse cuenta de lo que estaban haciendo los dos hombres-serpiente con Haruo fue el capitán Kargus.

Y se llenó de horror.

Empezaba a adivinar lo que había sido de los tripulantes de las naves capturadas por aquellos horribles seres…

CAPÍTULO VI

El teniente Dagge y el doctor Yashine, y los demás, descubrieron también lo que los dos hombres-serpiente estaban haciendo con el desvanecido Haruo.

Se llenaron igualmente de horror.

Era repugnante ver cómo la pareja de alienígenas lamían las heridas de Haruo con sus asquerosas lenguas partidas, que ellos disparaban y replegaban con la rapidez característica de los reptiles.

Absorbían la sangre con rapidez.

Con deleite.

Como si fuera el más delicioso de los néctares.

Senta, Roberta y Svetla se impresionaron tanto, que las tres sintieron unas náuseas terribles. Parecían sentir en sus cuerpos el pegajoso contacto de las horripilantes lenguas de los hombres-serpiente, lamiendo sus carnes, y ello les obligaba a estremecerse de asco una y otra vez.

Senta cerró los ojos apretadamente.

No podía seguir viendo aquello.

Roberta dobló la cabeza sobre su pecho y la mantuvo así.

Tampoco ella podía continuar contemplando el espectáculo tan horrendo.

Svetla la imitó.

Se sentían las tres muy mal.

El capitán Kargus comprendía perfectamente que las tres mujeres de la tripulación no pudieran soportar aquello, porque también a él le resultaba muy difícil presenciar el horroroso espectáculo.

Y lo mismo les sucedía al teniente Dagge, al doctor Yashine, Ulf y Ossi.

También ellos empezaban a adivinar lo que había sido de los tripulantes de las naves apresadas por lo hombres-serpiente.

Habían muerto todos.

Desangrados.

Su flujo sanguíneo había servido de alimento a aquellos espantosos seres.

¿Se podía concebir un fin más terrible y estremecedor?

El extraterrestre que torturara al capitán Kargus y los suyos dio una orden en su lengua, compuesta sólo por gruñidos de animal, y los dos hombres-serpiente que lamían las heridas de Haruo dejaron de absorber sangre humana.

En realidad, apenas fluía ya de las heridas.

Los dos alienígenas se irguieron, cargaron con el terrestre y lo llevaron a la pared, colocándole nuevamente los grilletes.

Haruo quedó colgando de ellos, porque seguía inconsciente.

Después, los seis hombres-serpiente abandonaron la sala hexagonal, cuya pared móvil volvió a cerrarse silenciosamente.

* * *

Durante varios minutos, ninguno de los prisioneros terrestres habló.

Pensaban todos en lo sucedido.

Por fin, Bent Dagge rompió el silencio.

—Estamos perdidos, capitán.

—No pierda las esperanzas, teniente —repuso Viktor Kargus.

—Tenemos muy pocas posibilidades de salir de esto, admítalo.

Reconozco que la cosa está difícil, pero...

—Y tan difícil, capitán —intervino Rudolph Yashine—. En primer lugar, porque nos tienen a todos sujetos con grilletes. Y en segundo lugar, porque nada podemos hacer mientras tengamos colocados estos malditos collares metálicos. Ahora ya sabemos para qué sirven. Para hacemos rabiar de dolor. Para quitarnos las fuerzas, cada vez que las recuperemos. Las pocas que me quedaban las he perdido.

—Y yo —dijo Ulf—. Siento las piernas tan débiles que apenas

puedo sostenerme de pie.

—Lo mismo me ocurre a mí —rezongó Ossi Lonnquist—. Parece que las tenga de mantequilla.

—Estamos condenados a morir —murmuró Senta Bisler—. Como todos los que caen en manos de los hombres-serpiente.

—Les encanta la sangre humana, ya lo hemos visto —dijo Svetla Ralenkova—. Y no nos dejarán ni una gota.

—Lucharemos por impedirlo —dijo Viktor—. No podemos resignarnos a una muerte tan espantosa. Tenemos que pelear por nuestras vidas. En este momento no podemos, porque estamos sin fuerzas, pero las recobraremos. Y les daremos guerra a los hombres-serpiente. No son invencibles, Haruo ya lo demostró. Pudo con dos de ellos, pese a hallarse debilitado. Si no hubiese llevado ese maldito collar al cuello...

—Pero lo llevaba, capitán —repuso Bent—. Y no pudo arrancárselo, aunque lo intentó desesperadamente.

—Encontraremos la manera de abrirlos. Lo importante es tener las manos libres. Cuando recobremos las fuerzas, intentaremos vencer la resistencia de los grilletes.

—Es mucha, capitán —dijo Ulf—. No creo que ninguno de nosotros pueda soltarse.

—El único que tenía alguna posibilidad de lograrlo era Haruo, pero después de la paliza... —habló Ossi.

—Se repondrá, no lo dudéis —aseguró Viktor—. Haruo posee un cuerpo de hierro.

* * *

Haruo Tatsuya tardó casi una hora en volver en sí

En ese tiempo, las fuerzas del capitán Kargus y lo demás parecían haber vuelto, aunque sólo en parte. Era importante, sin embargo, que los dolores fuesen remitiendo a medida que transcurrían los minutos, porque todos empezaban a sentirse mejor.

En la hora en que Haruo había permanecido inconsciente, los alienígenas no habían vuelto por la sala hexagonal. Pero, como podían volver de un momento a otro, el capitán Kargus tenía prisa en empezar a trabajar en serio con los grilletes que aprisionaban sus

manos.

Ya había realizado algunos tanteos sin ningún resultado, pero no desesperaba por ello. Sabía que sus fuerzas se hallaban todavía mermadas y no podía emplearse a fondo.

Cuando pudieran sacar el máximo partido a sus músculos, desarrollados y duros, ya se vería si los grilletes cedían algo o no.

—¿Cómo te sientes, Haruo? —preguntó Viktor, al ver que el oriental levantaba la cabeza y abría los ojos.

—Mal, capitán.

—¿Te duelen mucho las heridas?

—Bastante.

—Lo que hicieron contigo fue una cobardía. Les estabas dando toda una lección a los hombres-serpiente que te atacaron.

—Sí, ya les había hecho besar el suelo a bs dos. Pero empezaron las descargas de energía, cada vez más intensas, y...

—Nosotros también las sufrimos, Haruo.

—¿De veras?

—Sí, por insultar a los hombres-serpiente que se estaban ensañando contigo.

El oriental se miró.

—¿Por qué me despojaron del traje y de las botas, capitán? —preguntó.

Viktor cambió una mirada con el teniente Dagge y los demás.

¿Era necesario decirle a Haruo que los hombres-serpiente habían lamido sus heridas con sus asquerosas lenguas?

Viktor pensó que no.

Sólo serviría para llenar de horror y de repugnancia a Haruo, así que por el momento se lo ocultó.

—No sé por qué lo hicieron, Haruo —respondió Viktor—. Quizá porque el traje había quedado desgarrado a causa de sus zarpazos.

—Qué raro.

—Continúas débil, ¿verdad?

—Sí, capitán.

—Recobrarás las fuerzas, no te preocupes. Y cuando eso suceda, podrás vencer la resistencia de los grilletes.

—¿De veras lo cree?

Viktor sonrió.

—Tú no eres un hombre, Haruo.

—¿Qué soy, capitán?

—Un rinoceronte.

El oriental sonrió también, a pesar del dolor de las heridas.

—Lucharé con tos grilletes, capitán. Y ojalá pueda con ellos.

—Yo también lucharé. Todos lo haremos. Es preciso que alguno de nosotros consiga soltarse, para soltar a su vez a los demás. Y antes de que vuelvan los hombres-serpiente.

No hablaron más.

Viktor empezó a trabajar con sus grilletes, tirando de ellos cada vez con más fuerza. Le lastimaban las muñecas y se veía obligado a apretar los dientes, para resistir el dolor, pero seguía luchando con ellos.

El teniente Dagge, el doctor Yashine, Ulf Arwich y casi Ossi Lonnquist hacían lo propio, conscientes de que sus vidas estaban en juego.

Haruo Tatsuya no tardó mucho en imitarles.

Al tensar sus poderosos músculos, se acentuó el dolor de sus heridas, porque se le abrieron y volvieron a sangrar, pero el bravo oriental no desistió por ello.

Senta, Roberta y Svetla se limitaron a observar los esfuerzos que realizaban los seis varones de la tripulación por soltarse, ya que ellas no podían, lógicamente, luchar con sus grilletes.

No tenían fuerza suficiente, pero, en cambio, tenían las manos más pequeñas.

Esto último lo pensó Senta.

Y le dio una idea, que rápidamente llevo a la práctica.

CAPÍTULO VII

Senta Bieler tiró de su mano derecha hacia abajo, encogiéndola todo lo que pudo, para ver si así la hacía pasar por el grillete.

No lo consiguió, claro.

Pero por poco.

Senta no se desanimó, porque ya contaba con ello.

Necesitaba tener la mano lubricada para poder pasarla por el grillete. Y sólo podía lubricarla con una cosa.

Con saliva.

En eso consistía la idea de Senta.

Acercó la boca todo lo que pudo hasta su mano derecha.

Ya sabía que no podría llegar a ella, pero quería escupir desde lo más cerca posible, para no fallar y colocar la saliva justo donde la necesitaba.

Lo consiguió.

Tuvo que repetir la acción, naturalmente, para lubricarse bien la mano.

Lo que hacía llamó la atención de Roberta Bucci y Svetla Ralenkova, que se quedaron mirándola, extrañadas.

—¿Qué haces, Senta? —preguntó la morena.

—Me escupo en la mano.

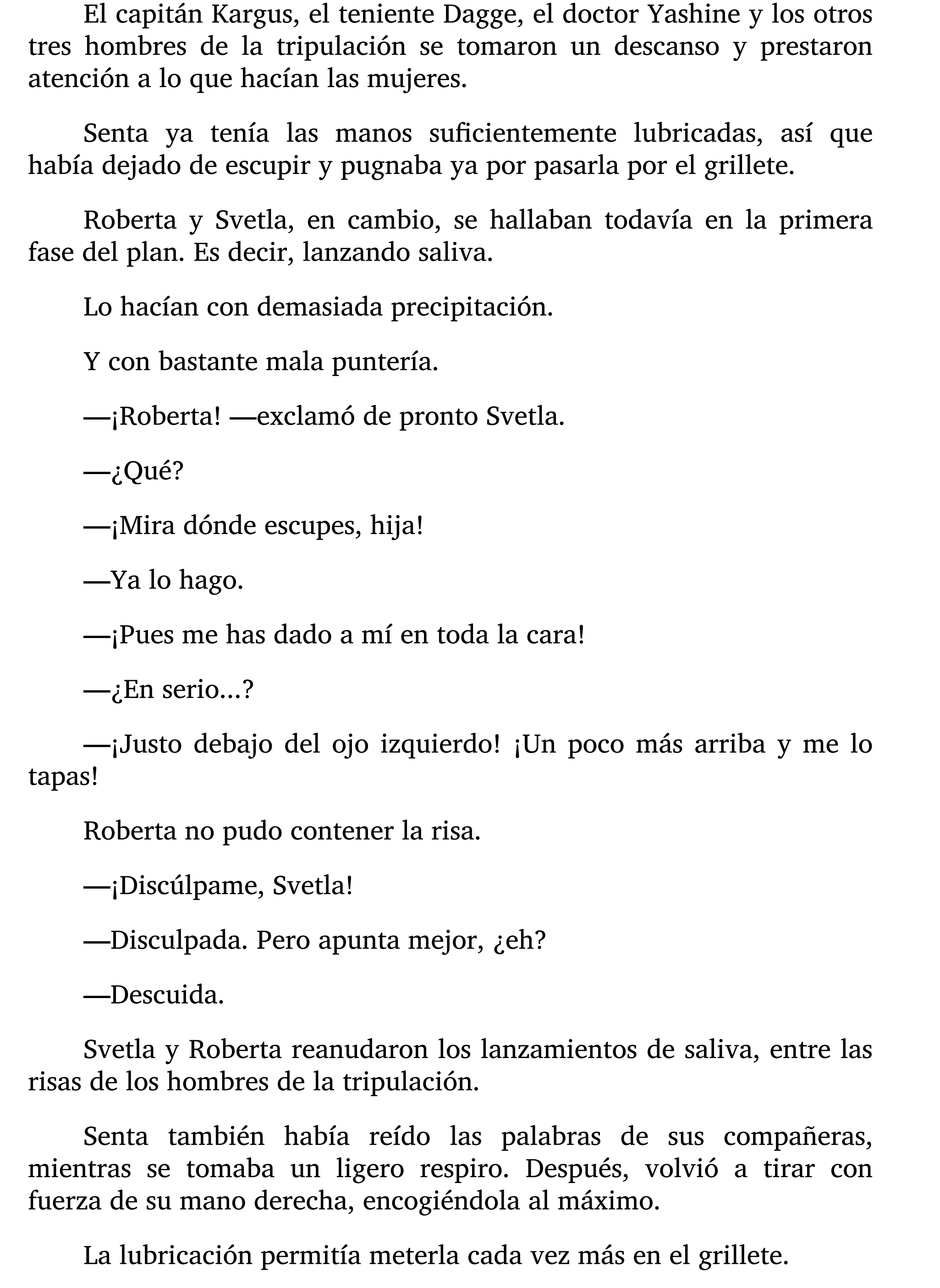
—¿Te has ofendido...? —dijo la rubia en un alarde de buen humor.

Senta no pudo reprimir una risita.

—Me ha gustado el chiste, Svetla.

—En serio, Senta. ¿Por qué te escupes en la mano?

—Para lubricarla. Tal vez así, y encogiéndola bien, consiga pasarla por el grillete y soltarme —explicó la pelirroja.



Svetla y Roberta respingaron a dúo.

—¡Es una buena idea! —exclamó la primera.

—¡Hagámoslo nosotras también, Svetla! —dijo Roberta.

El capitán Kargus, el teniente Dagge, el doctor Yashine y los otros tres hombres de la tripulación se tomaron un descanso y prestaron atención a lo que hacían las mujeres.

Senta ya tenía las manos suficientemente lubricadas, así que había dejado de escupir y pugnaba ya por pasarla por el grillete.

Roberta y Svetla, en cambio, se hallaban todavía en la primera fase del plan. Es decir, lanzando saliva.

Lo hacían con demasiada precipitación.

Y con bastante mala puntería.

—¡Roberta! —exclamó de pronto Svetla.

—¿Qué?

—¡Mira dónde escupes, hija!

—Ya lo hago.

—¡Pues me has dado a mí en toda la cara!

—¿En serio...?

—¡Justo debajo del ojo izquierdo! ¡Un poco más arriba y me lo tapas!

Roberta no pudo contener la risa.

—¡Discúlpame, Svetla!

—Disculpada. Pero apunta mejor, ¿eh?

—Descuida.

Svetla y Roberta reanudaron los lanzamientos de saliva, entre las risas de los hombres de la tripulación.

Senta también había reído las palabras de sus compañeras, mientras se tomaba un ligero respiro. Después, volvió a tirar con fuerza de su mano derecha, encogiéndola al máximo.

La lubricación permitía meterla cada vez más en el grillete.

Parecía que iba a poder pasar, pero…

Senta ahogó un gemido de dolor.

La saliva no impedía que el duro roce del grillete le lastimara la mano, pero la valerosa muchacha resistió y siguió tirando con fuerza de su mano.

El capitán Kargus vio que la joven estaba a punto de soltarse y exclamó:

—¡Animo, Senta! ¡Casi lo has conseguido!

—¡Pero hay que ver lo que cuesta el «casi», capitán! —respondió ella, jadeando.

—¡Seguro que lo logras, Senta! —dijo el teniente Dagge.

—¡Me estoy despellejando la mano! —hizo saber la muchacha, con claro gesto de sufrimiento.

—¡Yo te curaré, que para eso soy médico! —dijo el doctor Yashine, en tono socarrón—. ¡Sigue, Senta, sigue!

—¡Tienes que lograrlo, Senta! —exclamó Ulf, nervioso.

—¡Te haremos un monumento si lo consigues! —prometió Ossi.

—¡Tendríamos cuatro en la tripulación! —dijo Haruo.

El piropo del oriental provocó la risa de todos, incluidas las chicas, que se sentían muy halagadas.

Senta realizó un supremo esfuerzo y…

—¡Por fin! —exclamó Bent

—¡Lo ha conseguido! —dijo Viktor.

—¡Está libre! —gritó Rudolph.

Haruo, Ulf, Ossi, Roberta y Svetla expresaron también su júbilo, dedicando frases de elogio a Senta, que se estaba lamiendo la despellejada mano.

—¡Suelta el otro grillete, Senta, rápido! —apremió Viktor, temiendo que aparecieran los hombres-serpiente antes de que todos estuvieran libres.

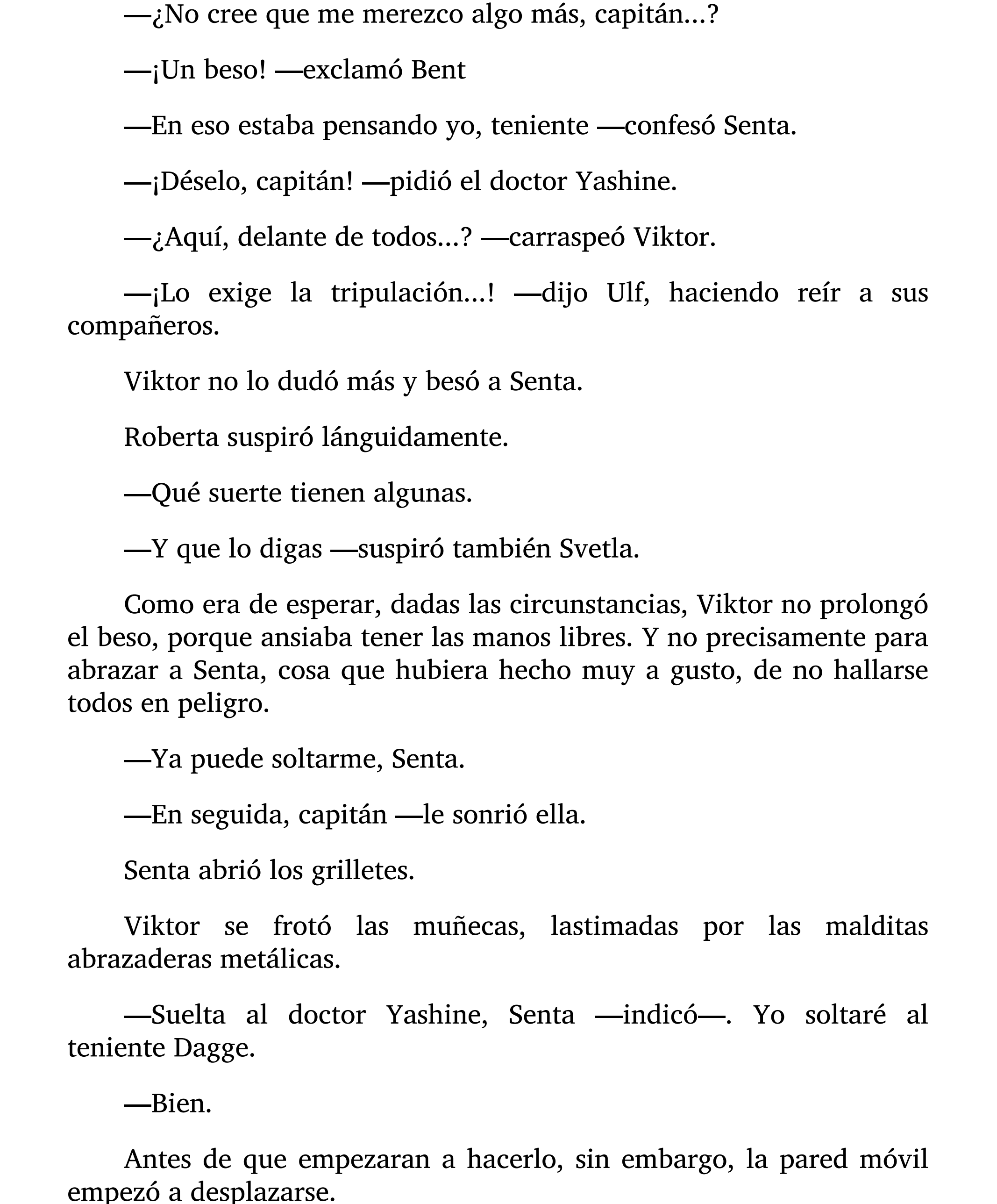
Senta abrió el grillete que sujetaba su mano izquierda y corrió

hacia Viktor.

—¡Le soltaré a usted primero, capitán!

—¡Gracias!

Senta le miró con algo de picardía.



—¿No cree que me merezco algo más, capitán...?

—¡Un beso! —exclamó Bent

—En eso estaba pensando yo, teniente —confesó Senta.

—¡Déselo, capitán! —pidió el doctor Yashine.

—¿Aquí, delante de todos...? —carraspeó Viktor.

—¡Lo exige la tripulación...! —dijo Ulf, haciendo reír a sus compañeros.

Viktor no lo dudó más y besó a Senta.

Roberta suspiró lánguidamente.

—Qué suerte tienen algunas.

—Y que lo digas —suspiró también Svetla.

Como era de esperar, dadas las circunstancias, Viktor no prolongó el beso, porque ansiaba tener las manos libres. Y no precisamente para abrazar a Senta, cosa que hubiera hecho muy a gusto, de no hallarse todos en peligro.

—Ya puede soltarme, Senta.

—En seguida, capitán —le sonrió ella.

Senta abrió los grilletes.

Viktor se frotó las muñecas, lastimadas por las malditas abrazaderas metálicas.

—Suelta al doctor Yashine, Senta —indicó—. Yo soltaré al teniente Dagge.

—Bien.

Antes de que empezaran a hacerlo, sin embargo, la pared móvil empezó a desplazarse.

Bill Dagge se dio cuenta de ello y exclamó:

—¡Vuelven los hombres-serpiente, capitán!

* * *

Viktor Kargus maldijo a media voz, pero ello no impidió que reaccionara con la celeridad que la situación requería. Empujó a Senta Bieler e indicó:

—¡Vuelve a tu sitio y simula que continúas sujeta por los grilletes, Senta!

La joven obedeció.

Viktor hizo lo propio.

La pared móvil seguía desplazándose silenciosamente.

Los prisioneros terrestres, terriblemente tensos, aguardaban la aparición de los hombres-serpiente.

Si venían nuevamente seis, de poco serviría que el capitán Kargus y Senta Bieler estuviesen libres, porque no podían con todos. Especialmente porque seguían llevando al cuello los malditos collares que soltaban descargas de energía de distinta intensidad, según el color del disco que encendieran.

Bastaría con que alguno de los extraterrestres accionara su mando de control remoto, para que Viktor y Senta rabiasen de dolor y se derrumbasen, quedando a merced de los hombres-serpiente.

Habría sido una lástima

Si los alienígenas hubiesen tardado algunos minutos más en volver, estarían los nueve libres y las posibilidades de reducir a los hombres-serpiente hubiesen sido mucho mayores.

Con el aliento contenido, el capitán Kargus y los suyos vieron aparecer a los extraterrestres.

¡Sólo entraron dos!

La esperanza renació en los prisioneros terrestres.

Los dos hombres-serpiente podían ser reducidos.

Especialmente si no descubrían que los grilletes de Viktor y Senta estaban abiertos.

Los dos alienígenas no lo descubrieron, porque, apenas entrar en la sala hexagonal, clavaron sus horribles ojos de reptil en el cuerpo prácticamente desnudo de Haruo.

En sus heridas, más concretamente.

Habían vuelto a sangrar, como se recordará, al tensar el oriental sus poderosos músculos para luchar con la resistencia de sus grilletes.

La visión de la sangre excitó a los dos hombres-serpiente y despertó su deseo de absorberla con sus repugnantes lenguas, haciendo que se olvidaran de todo lo demás.

Fueron directamente hacia Haruo.

Dispuestos a no desperdiciar una sola gota de sangre.

CAPÍTULO VIII

Haruo Tatsuya, como no sabía que a los hombres-serpiente les encantaba la sangre humana, pensó que aquellos dos seres venían directamente hacia él porque deseaban golpearle de nuevo y soltarle unos cuantos zarpazos más, para causarle nuevas heridas y nuevos sufrimientos.

No se asustó, sin embargo.

Sabía que el capitán Kargus estaba libre y confiaba en él, en su experiencia, en su valentía. Estaba seguro de que intervendría a tiempo y con eficacia.

Viktor, desde luego, se hallaba presto a intervenir, pero no podía precipitarse. Tenía que sorprender a los dos extraterrestres, impedirles reaccionar, porque si permitía que uno de ellos tomase el mando de control remoto y lo accionase, el intento de fuga fracasaría irremediablemente.

De ahí que continuara quieto, esperando el momento más oportuno para entrar en acción.

Viktor intuía que los dos hombres-serpiente no tenían intención de golpear nuevamente a Haruo ni de causarle nuevas heridas con sus poderosas garras.

Adivinaba que querían lamerle las heridas, absorber la sangre que había brotado de ellas, al abrirse de nuevo.

Los demás pensaban lo mismo, y se preguntaban cómo reaccionaría Haruo cuando viese que los dos hombres-serpiente empezaban a lamerle ávidamente con sus bífidas lenguas.

Viktor, temiendo que el oriental sufriese un ataque de cólera y la emprendiese a patadas con la pareja de extraterrestres, antes de que él pudiera intervenir y sorprenderlos, exclamó:

—No hagas ni digas nada, Haruo.

—Descuide, capitán.

Los dos hombres-serpiente estaban ya junto a Haruo.

De pronto, se inclinaron ambos a la vez y acercaron sus grandes bocas de reptil al musculoso pecho del oriental.

Haruo sintió un profundo estremecimiento cuando vio que disparaban sus asquerosas lenguas y empezaban a lamerle las heridas.

—¡Bichos repugnantes! —rugió, y se dispuso a asestarle un tremendo rodillazo en el bajo vientre a uno de los alienígenas.

—¡Quieto, Haruo! —gritó Viktor.

El oriental no hizo caso y disparó la rodilla derecha, incrustándola en el plateado slip del extraterrestre.

El hombre-serpiente lanzó un bramido desgarrador y cayó al suelo revolcándose por él.

El otro alienígena se apartó inmediatamente de Haruo y se llevó la zarpa al cinto, para empuñar su mando de control remoto y soltarle unas cuantas descargas de energía al terrestre.

El capitán Kargus saltó felinamente sobre el hombre-serpiente.

No era así como pensaba actuar, pero el rodillazo de Haruo al bajo vientre de uno de los extraterrestres había precipitado su intervención.

¡Tenía que impedir que el hombre-serpiente empuñara su mando y lo accionara!

Viktor cayó sobre el alienígena y le propinó un terrible golpe en el hombro derecho, con la mano abierta.

El extraterrestre emitió un rugido de dolor.

No pudo coger su mando.

Sentía el brazo dormido, a causa del hachazo.

Viktor le incrustó el puño izquierdo en el abdomen.

El hombre-serpiente rugió de nuevo y se encogió.

Viktor le atizó un mazazo en la cabeza, con el puño derecho, y el alienígena cayó de rodillas, medio aturdido.

Quedó en una posición ideal para arrearle un patadón en su fea cara.

Y Viktor se lo propinó.

Un patadón tremendo.

El hombre-serpiente cayó de espaldas y quedó inmóvil.

Había perdido el conocimiento.

Viktor se dispuso a ocuparse del otro extraterrestre, el que derribara a Haruo de un terrible rodillazo entre los muslos.

De momento era Senta quien se ocupaba de él.

Había saltado de la pared, al ver que Viktor atacaba al otro hombre-serpiente, y se preocupó de impedir que el alienígena que se retorcía de dolor en el suelo, agarrándose el bajo vientre, pudiera empuñar su mando de control remoto y lo usara contra el capitán Kargus.

El extraterrestre, efectivamente, y a pesar de su terrible sufrimiento, intentó empuñar su mando cuando todavía Viktor no había terminado con el otro hombre-serpiente.

—¡No toques eso, bicho! —dijo Senta, y le pisó la mano, triturándole los dedos.

El alienígena aulló.

Senta utilizó de nuevo el pie, pero, en esta ocasión, no le pisó nada, sino que le incrustó la punta de la bota en su bocaza.

El hombre-serpiente lanzó un nuevo aullido y dio un par de vueltas por el suelo.

Justo en ese momento, dejaba Viktor inconsciente al otro extraterrestre.

—¡Déjame a mí, Senta! —pidió.

—¡Suyo es, capitán! —respondió la joven.

Viktor saltó y cayó junto al hombre-serpiente, al que, de dos soberbios patadones, el primero en las costillas y el segundo en la cabeza, dejó también sin conocimiento.

¡Lo habían conseguido!

¡Habían reducido a los dos hombres-serpiente!

* * *

Por suerte, la pared móvil se había cerrado automáticamente segundos después de que la pareja de extra-terrestres penetraran en la

sala hexagonal.

Nadie, por tanto, había podido oír los gritos de los dos hombres-serpiente que ahora se hallaban en poder de los prisioneros terrestres.

Había, no obstante, que actuar con rapidez, porque podían aparecer más alienígenas en cualquier momento.

—Empieza a abrir grilletes, Senta —indicó Viktor.

—Sí, capitán...

Mientras Senta soltaba a los demás, Viktor despojó a la pareja de extraterrestres de sus cintos y estudió los extraños objetos que pendían de ellos.

Los mandos de control remoto ya los conocía, pero quería saber también para qué servían los demás objetos. Podían ser armas y eso era precisamente los que ellos necesitaban en aquellos momentos.

Sin armas, difícilmente podrían apoderarse de la nave alienígena.

Bent Dagge se le acercó, frotándose las despellejadas muñecas.

—¡Ya estamos todos libres, capitán!

Viktor le miró y sonrió ligeramente.

—Encadenen a esos dos, teniente.

—¡A la orden!

Los dos hombres-serpiente fueron llevados a una de las paredes por Ulf y Ossi, y Bent les coloró los grilletes, de los que quedaron colgando, porque seguían sin conocimiento.

Haruo había cogido del suelo su desgarrado traje y sus botas, y ya se había puesto ambas cosas. Se aproximó a Viktor y dijo:

—¿Vio lo que hicieron conmigo los dos hombres-serpiente, capitán?

—Sí.

—Lamían mis heridas con sus puercas lenguas. Mi sangre.

—Son seres repugnantes.

—Usted sabía que iban a hacer eso, ¿verdad, capitán?

—Lo sospechaba, sí.

—Ya lo habían hecho antes, ¿eh?

—Sí.

Haruo apretó los puños con rabia.

—Por eso me despojaron del traje, para poder lamer mis heridas y absorber mi sangre, los muy hijos de...

—Te lo oculté para no horrorizarte, Haruo...

—Sabía que me ocultaba algo, capitán, pero jamás sospeché que fuera eso.

—Lo importante es que estás vivo, Haruo. Cuando aquellos dos seres empezaron a golpearte y soltarte zarpazos, pensé que iban a destrozarte, que había llegado tu hora. Por fortuna, me equivoqué.

El oriental sonrió levemente.

—Tiene razón, capitán. Y perdóneme por haberle desobedecido. Me ordenó usted que no hiciera ni dijera nada, pero cuando vi que los dos hombres-serpientes empezaban a lamer mi sangre con sus asquerosas lenguas...

—Tu reacción fue comprensible, Haruo.

El oriental rio.

—Le di de lleno, ¿eh, capitán?

—Ya lo creo.

—Se lo merecían por cerdos.

El doctor Yashine estaba estudiando el collar de Senta.

—No encuentro la manera de abrir estos condenados collares, capitán Kargus —dijo.

—Pues tenemos que dar con ella, doctor. Son un peligro para nosotros —repuso Viktor.

—Yo intenté arrancarme el mío, pero no pude —rezongó Haruo, llevándose las manos al cuello.

—No tienen cierre —dijo el doctor Yashine.

—Creo saber por qué, doctor —habló de nuevo Viktor—. El hecho de que los collares nos queden tan perfectamente ajustados a todos, a pesar del distinto grosor de nuestros cuellos, me hace sospechar que se ajustan automáticamente al recibir la orden de alguno de los pequeños ingenios electrónicos que los hombres-serpiente llevan al cinto. Y si se cierran así, hay que pensar, lógicamente, que se abren de la misma forma.

—¿Cuál de ellos podrá ser, capitán...?

—No lo sé, doctor. Habrá que probarlos todos.

—¿No será el que utilizaron tos hombres-serpiente para torturamos...? —intervino el teniente Dagge.

—Lo he estado examinando y creo que no, teniente. Este objeto sirve únicamente para soltar descargas de energía. Los botones tienen los mismos colores que los discos de los collares. Si se pulsa el botón verde, que es el primero, se enciende el disco verde y el collar suelta la descarga menos intensa. Me fijé bien cuando lo manejaba el alienígena que impidió a Haruo seguir luchando con los dos hombres-serpiente. El disco azul aumenta la intensidad de la descarga. Y la del disco amarillo aún es más terrible. Hizo que Haruo cayera al suelo y se retorciera de dolor. Nosotros también probamos esos tres tipos de descarga. Sólo nos faltó la del disco rojo. Y podemos dar gracias, porque ésa debe ser la más intensa de todas.

—Se me eriza la piel sólo de pensarlo —confesó Senta.

—Probaré primero este objeto cilíndrico —dijo Viktor, tomándolo de uno de los cintos.

—Apunte a uno de los extraterrestres, capitán —sugirió Bent—. Puede ser un arma.

—Ya lo había pensado —sonrió Viktor, y dirigió el objeto hacia uno de los hombres-serpiente.

No tuvo problemas para accionarlo.

Bastaba con oprimir un pequeño botón.

Era el único que había.

Viktor lo probó y, al instante, brotó un rayo amarillo.

¡Era un arma! ¡Un arma muy poderosa!

¡Temible!

Los efectos del rayo anaranjado no dejaban lugar a dudas.

Al instante, el extraterrestre se volvió del mismo color que el rayo y empezó a emitir una extraña fluorescencia.

Después, el alienígena desapareció.

En sólo unos segundos no quedó ni rastro de él.

¡Se había desintegrado por completo!

CAPÍTULO IX

Bent Dagge largó un silbido.

—¡Diablos con el extraño objeto, capitán! ¡Han hecho desaparecer al extraterrestre en un santiamén!

Viktor Kargus sonrió.

—Era lo que necesitábamos, teniente. Un arma tan poderosa como ésta. Y tenemos dos.

—Lástima que no tengamos media docena —dijo el doctor Yashine.

—Por el momento nos apañaremos con estas dos, doctor. Y nos apañaremos bien, ya lo verá —aseguró Viktor—. Tenga una, teniente.

—Gracias, capitán —sonrió Bent, tomando el arma alienígena que le ofrecía Viktor.

Este se reservó la otra.

Después, tomó otro objeto del mismo cinto y dijo:

—Probemos ahora este otro ingenio.

—Apunte al otro extraterrestre, capitán, por si acaso —aconsejó el doctor Yashine.

Viktor lo hizo así y pulsó uno de los dos botones que tenía el objeto, pero no pasó nada.

Pulsó el otro botón.

Tampoco ocurrió nada.

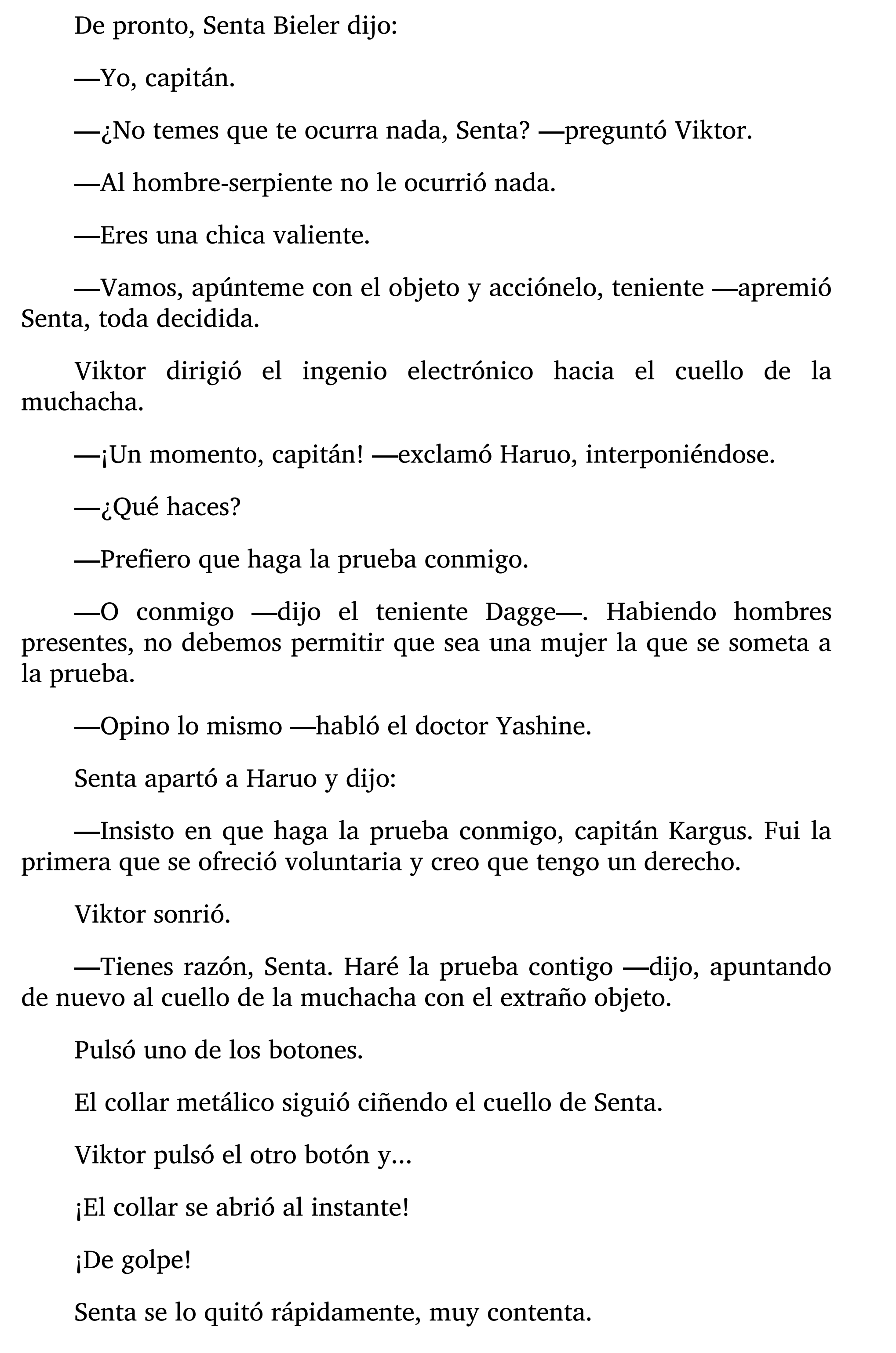
—Creo que ya lo tenemos, muchachos —dijo Viktor sonriendo.

—¿Es el aparato que abre y cierra los collares? —preguntó Ulf.

—Juraría que sí.

—Pero no está seguro, ¿verdad, capitán? —dijo Ossi.

—Lo estaré cuando haga la prueba con alguien que lleve puesto un collar. A ver, un voluntario.



Los miembros de la tripulación se miraron entre sí.

De pronto, Senta Bieler dijo:

—Yo, capitán.

—¿No temes que te ocurra nada, Senta? —preguntó Viktor.

—Al hombre-serpiente no le ocurrió nada.

—Eres una chica valiente.

—Vamos, apúnteme con el objeto y acciónelo, teniente —apremió Senta, toda decidida.

Viktor dirigió el ingenio electrónico hacia el cuello de la muchacha.

—¡Un momento, capitán! —exclamó Haruo, interponiéndose.

—¿Qué haces?

—Prefiero que haga la prueba conmigo.

—O conmigo —dijo el teniente Dagge—. Habiendo hombres presentes, no debemos permitir que sea una mujer la que se someta a la prueba.

—Opino lo mismo —habló el doctor Yashine.

Senta apartó a Haruo y dijo:

—Insisto en que haga la prueba conmigo, capitán Kargus. Fui la primera que se ofreció voluntaria y creo que tengo un derecho.

Viktor sonrió.

—Tienes razón, Senta. Haré la prueba contigo —dijo, apuntando de nuevo al cuello de la muchacha con el extraño objeto.

Pulsó uno de los botones.

El collar metálico siguió ciñendo el cuello de Senta.

Viktor pulsó el otro botón y…

¡El collar se abrió al instante!

¡De golpe!

Senta se lo quitó rápidamente, muy contenta.

—¡Estaba en lo cierto, capitán!

—Este botón los abre. Y este otro debe ser el que los cierra —explicó Viktor—. Por eso no ocurrió nada cuando lo pulsé. Como el collar ya estaba cerrado…

—El caso es que los collares son bonitos —comentó Senta—. Pero pueden causar tanto daño, los malditos…

Viktor rio y libró a Bent Dagge de su collar, accionando de nuevo el objeto que empuñaba. Después le entregó el otro objeto idéntico, tomándolo del otro cinto, e indicó:

—Ayúdame a abrir collares, teniente.

—¡Encantado!

El primer collar que abrió Bent fue el de Víctor.

—¡Ya no volverá a sentir complejo de perro, capitán! —bromeó.

—Le recuerdo que era usted quien sentía complejo de perro, teniente —repuso Viktor—. Y hasta deseos de ladrar.

—¡Cierto! —rio Bent.

A continuación, el capitán Kargus y el teniente Dagge libraron a los demás de los peligrosos collares.

El júbilo era general.

Y era lógico, porque la situación había cambiado mucho.

Se habían librado de los collares.

Tenían armas.

Solamente dos, pero temibles.

Podían causar muchas bajas a los extraterrestres con ellas.

Por otra parte, seguían recuperando las fuerzas y sintiéndose mejor minuto a minuto.

Estaban en condiciones de luchar por sus vidas. Y eso iban a hacer.

* * *

La nave comercial que atraparon los hombres-serpiente, segundos

después de que lanzara la llamada de socorro que fue captada por la «Cosmos XV», transportaba únicamente mercancías.

Fue una suerte, porque si llega a transportar pasajeros, éstos hubieran vivido una auténtica pesadilla de horror. La misma que estaban viviendo los cuatro hombres que viajaban en la nave.

Habían sido capturados por los hombres-serpiente, de la misma forma que fueran apresados el capitán Kargus y los suyos. Es decir, empleando la gigantesca red metálica y las descargas de energía.

Los cuatro tripulantes se desvanecieron, a causa de las terribles descargas. Y, cuando recobraron el conocimiento, se encontraron en la nave extraterrestre, rodeados de hombres-serpiente.

Al terror que inspiraba el horrible físico de los alienígenas, había que unir el terror que sintieron los cuatro hombres al verse colocados sobre unas siniestras mesas alargadas, que recordaban mucho a los potros de tortura.

Los cuatro se hallaban fuertemente sujetos a ellas.

Los habían desnudado.

Sólo conservaban el slip.

Las mesas se hallaban en el centro de una sala rectangular, menos espaciosa que la sala hexagonal donde se encontraban, libres ya, el capitán Kargus y su gente.

La sala hexagonal era la sala de espera.

En ella, las víctimas aguardaban su turno.

La sala rectangular era la sala de sacrificios.

Allí encontraban la muerte los seres capturados por los hombres-serpiente.

Una muerte horrible, porque perecían desangrados.

Hasta la última gota de su flujo sanguíneo era absorbida por los monstruosos alienígenas.

Después, sus cuerpos eran desintegrados.

Así habían muerto y desaparecido los tripulantes de todas las naves atrapadas por los hombres-serpiente, en aquel lugar del espacio sideral, tan apropiado para sus fines.

Nave que se aproximaba allí, era nave capturada, porque la trampa montada por los hombres-serpiente nunca fallaba. Estaba perfectamente urdida.

En la sala de sacrificios había un buen número de extraterrestres.

Dieciséis, exactamente.

Dieciséis seres ávidos de sangre humana.

Los cuatro terrestres que iban a ser sacrificados no llevaban collar metálico al cuello. No lo necesitaban, puesto que habían sido llevados directamente a la sala de sacrificios e iban a encontrar la muerte allí.

Los hombres-serpiente sólo colocaban collares a los prisioneros que llevaban a la sala hexagonal, porque eran los únicos que podían causarles algún problema, mientras esperaban su turno, que podía tardar varios días en algunos casos.

Y es que, cuando los hombres-serpiente atrapaban una nave en la que viajaban muchas personas, éstas eran sacrificadas poco a poco. Así el «banquete» de sangre duraba algunos días.

A una señal del extraterrestre que daba las órdenes en la nave, los hombres-serpiente empezaron a causar heridas a las víctimas con sus afiladas garras, para hacer brotar la sangre.

Los terrestres aullaron de dolor, se agitaron sobre las siniestras mesas, pero nada pudieron hacer por impedir que los hombres-serpiente se inclinaran sobre ellos y comenzaran a lamer su sangre.

* * *

En la sala hexagonal, el capitán Kargus y el teniente Dagge se habían aproximado al extraño aparato electrónico que se veía junto a una de las paredes, justo debajo de la pantalla de televisión que permanecía apagada.

Tras observar detenidamente el aparato, Viktor llegó a la conclusión de que servía para, a través de la pantalla de televisión, recibir imágenes de distintos sectores de la nave.

Se atrevió a pulsar una de las varias teclas.

La primera de la derecha.

Se encendió el piloto y la pantalla se iluminó, ofreciendo inmediatamente una imagen que horrorizó al capitán Kargus y los

suyos.

¡Habían conectado con la sala de sacrificios!

CAPÍTULO X

El doctor Yashine, Haruo, Ulf, Ossi y las chicas se acercaron más a la pantalla de televisión, estremecidos de horror.

El capitán Kargus, con los puños apretados, adivinó:

—Deben ser los tripulantes de la nave comercial.

—¡Esos bichos repugnantes se están alimentando con su sangre! —rugió el teniente Dagge.

—¡Los están cubriendo de heridas! —gritó Senta.

—¡Qué espanto, Dios mío! —exclamó Roberta.

—¡Van a morir desangrados! —dijo Svetla.

—La misma suerte que nos tenían reservada a nosotros —corrigió Haruo, con voz ronca.

—Pero ya no estamos encadenados —recordó Ulf—. Y tenemos armas.

—Debemos ayudar a esos hombres, capitán —dijo Ossi.

—Sí, intentaremos rescatarlos —respondió Viktor—. El problema es que no conocemos la nave extraterrestre y no sabemos dónde se halla ubicada exactamente esa sala. Y si tardamos en encontrarla, llegaremos tarde, porque esos pobres desgraciados no podrán resistir demasiado.

Bent Dagge se volvió hacia el hombre-serpiente que habían capturado y encadenado.

—¡Tengo una idea, capitán!

—Hable, teniente.

—¡Obliguemos al prisionero a que nos conduzca a la sala!

Viktor se volvió también hacia el alienígena.

—No está mal pensado, teniente. ¡Reanímelo, pronto!

—¡Creo que sé cómo despertarlo, capitán! Le pondremos el collar de los suyos y le soltaremos una descarga de energía.

—Otra gran idea, teniente —aprobó Viktor, con una leve sonrisa.

—¡Buen despertar va a tener! —exclamó Haruo.

—¡Es lícito pagar con la misma moneda, qué demonios! —dijo Ulf.

—¡Yo me encargo de ponerle el collar! —se ofreció Ossi, recogiendo uno del suelo.

Se lo colocó con rapidez al extraterrestre y el teniente Dagge se ocupó de cerrar el collar, accionando el pequeño mando que los abría y los cerraba.

El collar metálico quedó perfectamente ajustado al cuello del alienígena, que seguía sin enterarse de nada. Pero iba a tardar muy poco en enterarse de todo.

—Suéltele la descarga, teniente —indicó Viktor.

—Con mucho gusto, capitán —respondió Bent, y pulsó el botón verde, el que lanzaba la descarga menos intensa.

Aun así, el hombre-serpiente tuvo una violenta contracción al recibir la descarga de energía.

Se despertó en el acto, naturalmente.

Y rugió como un animal.

—Basta, teniente —indicó Viktor.

Bent dejó de oprimir el botón verde y cesó el sufrimiento del extraterrestre, que miró con intenso odio al capitán Kargus y los suyos, pero también con temor, pues pensó que la tortura iba a continuar y a tornarse más intensa y dolorosa.

El hombre-serpiente se preguntaba qué había sido de su compañero.

Le extrañaba no verlo en la sala.

Viktor se encaró con él y dijo:

—Sé que no puedes hablar como nosotros, pero que entiendes perfectamente lo que decimos, así que presta atención, porque no pienso repetirlo. Quiero que nos conduzcas a esa otra sala, la que se ve en la pantalla de televisión.

El alienígena clavó sus ojos de reptil en la pantalla y vio a sus compañeros lamiendo la sangre que brotaba de las heridas que ellos mismos habían causado a los cuatro prisioneros terrestres, mientras éstos aullaban y se estremecían de dolor, de horror y de desesperación.

Viktor añadió:

—Si te niegas, sufrirás nuevas descargas de energía. Y serán cada vez más terribles. Pero procurarás no desvanecerte de nuevo, porque se acabaría todo para ti. Te desintegraré con esto —le mostró la poderosa arma alienígena—. Igual que desintegré a tu compañero. Ya ves que no queda ni rastro de él. Y estaba aquí, encadenado a tu lado.

El terror del hombre-serpiente se acentuó visiblemente.

—Suéltele los grilletes, teniente Dagge —indicó Viktor—. Creo que nuestro amigo ha decidido ya llevarnos a esa otra sala.

Bent soltó al extraterrestre, que no se atrevió a intentar nada, consciente de que no tenía la menor posibilidad.

Se hallaba rodeado de extraterrestres.

Con un collar de castigo al cuello.

Y apuntado por dos armas desintegradoras.

En esas condiciones, sólo un loco se atrevería a desobedecer.

—Vamos, camina —ordenó Viktor—. Y nada de trucos, ¿eh, hombre-serpiente? Al menor movimiento sospechoso, sufrirás una dolorosa descarga de energía. O recibirás un rayo desintegrador, según como nos dé.

El alienígena se aterrorizó de nuevo y echó a andar, directo hacia la pared móvil.

El capitán Kargus y los suyos le siguieron, muy pendientes de los movimientos del hombre-serpiente. Y con los nervios en tensión, porque había llegado el momento de presentar batalla a los alienígenas.

Y había muchos en aquella nave.

* * *

No hizo falta que el extraterrestre capturado por el capitán

Kargus y su gente accionara resorte o mando alguno para que la puerta de la sala hexagonal se abriera.

Bastó con que se colocara delante de ella, para que la pared móvil empezara a desplazarse con el silencio que la caracterizaba.

El hombre-serpiente salió de la sala, seguido muy de cerca y con precaución por el grupo de terrestres.

El capitán Kargus y el teniente Dagge no dejaban de apuntarle con un par de armas alienígenas. Estaban prestos, también, a utilizar los mandos de control remoto que ponían en funcionamiento el collar de castigo que cercaba el cuello del extraterrestre.

El último en salir de la sala hexagonal fue Ossi Lonnquist.

Entonces, la pared móvil empezó a cerrarse automáticamente, sin que nadie se lo ordenara.

Los terrestres pudieron ver que había dos corredores, uno a cada lado. El hombre-serpiente tomó el de la derecha, sin titubeos, lo que parecía demostrar que estaba dispuesto a obedecer las órdenes que le diera el capitán Kargus.

Avanzaron todos por el corredor, en silencio.

De repente, en el extremo del mismo aparecieron dos extraterrestres.

La sorpresa los dejó paralizados a ambos.

Antes de que pudieran reaccionar, Viktor ordenó:

—¡Despojaros de los cintos y arrojadlos al suelo!

—¡Hacedlo u os desintegramos! —añadió Bent.

Los alienígenas no tuvieron más remedio que obedecer, porque Viktor y Bent les apuntaban con sus armas. Y no fallarían, si disparaban, ya que la distancia no era mucha.

Unos ocho metros, a lo sumo.

Los extraterrestres arrojaron sus cintos al suelo y se quedaron quietos.

—Lo siento, muchachos —dijo Viktor, y accionó el arma alienígena.

El rayo anaranjado brotó instantáneamente y alcanzó el tórax del hombre-serpiente de la derecha. Bent disparó también, alcanzando al otro extraterrestre.

Si no lo habían hecho antes, es porque necesitaban las armas de los dos hombres-serpiente, y se hubieran desintegrado con ellos de haberles disparado antes de que se despojaran de los cintos.

Los dos extraterrestres se volvieron de color naranja y se llenaron de luz antes de empezar a desintegrarse.

En unos pocos segundos, desaparecieron por completo.

El hombre-serpiente apresado por los terrestres tembló de manera perceptible al ver cómo desaparecían sus dos compañeros.

Ya habían muerto tres.

Y aún morirían más, con toda seguridad, porque los terrestres disponían ahora de cuatro armas.

Viktor empujó al extraterrestre.

—Muévete, compañero.

El hombre-serpiente echó a andar, con paso vacilante.

El terror le hacía caminar así.

Cuando llegaron al punto en donde yacían los cintos de los dos extraterrestres desintegrados, Viktor dijo:

—Ulf, Ossi. Coged las armas de esos dos tipos.

Arwick y Lonnquist se apresuraron a obedecer.

El doctor Yashine sonrió.

—Ya tenemos cuatro, capitán.

—Aún conseguiremos más —aseguró Viktor.

Después, empujó de nuevo al hombre-serpiente.

—Vamos, camina. Queremos llegar cuanto antes a la otra sala.

El alienígena movió las piernas.

Llegaron al extremo del corredor, que doblaba hacia la izquierda.

El hombre-serpiente avanzó unos seis metros y se detuvo frente a

una puerta.

La puerta empezó a abrirse lentamente, como todas las de la nave extraterrestre.

Viktor, Bent, Ulf y Ossi prepararon sus armas, intuyendo que se hallaban frente a la sala rectangular en donde estaban siendo sacrificados los tripulantes de la nave espacial.

Efectivamente, era la sala de sacrificios.

Sin embargo, los terrestres no tuvieron necesidad de usar las armas.

No había un solo alienígena allí.

Habían desaparecido todos.

CAPÍTULO XI

El primer sorprendido fue el hombre-serpiente apresado por los terrestres, pues pensaba que sus compañeros continuarían allí, en la sala de sacrificios, absorbiendo la sangre de los cuatro terrestres.

Estos sí continuaban en la sala.

Sobre las alargadas mesas.

Bien sujetos a ellas.

Ensangrentados...

Los desgraciados habían dejado de aullar, pero gemían lastimosamente, porque eran muchas las heridas que habían recibido y sus desnudos cuerpos seguían estremecidos de dolor.

El capitán Kargus le dio un empujón al extraterrestre que los había conducido hasta allí y lo hizo entrar en la sala de sacrificios de mala manera.

El alienígena estuvo a punto de perder el equilibrio, pero consiguió mantener la vertical.

El capitán Kargus y su gente penetraron también en la sala rectangular, con rapidez, y la puerta se cerró.

—Los hombres-serpiente que había aquí se han esfumado, capitán —dijo Bent Dagge.

—Ya lo veo.

—¿Qué cree que pasó?

—Nos han descubierto, teniente.

—¿Descubierto...? —respingó Bent.

—Sí, saben que estamos libres. Y que veníamos hacia aquí. Por eso se largaron.

Los terrestres se miraron unos a otros, nerviosos.

—¿Quiere decir que hemos caído en una encerrona, capitán...? —preguntó Haruo.

—Bueno, puede que eso sea lo que piensen los hombres-serpiente, pero yo no lo creo así. Estamos metidos en esta sala, es cierto, pero que prueben a entrar por nosotros y verán.

—Quizá esperan a que salgamos, capitán —dijo el doctor Yashine.

—Sí, es posible. De cualquier modo, debemos permanecer alerta por si irrumpen de pronto.

—Nosotros vigilaremos, capitán —dijo Bent—. Los demás ya se ocuparán de esos pobres hombres.

—Sí, hay que atenderles. Ocúpese de ello, doctor Yashine. Y que le ayuden Haruo y las chicas.

—Bien, capitán.

Mientras Viktor, Bent, Ulf y Ossi vigilaban la puerta de la sala con sus armas, y también al extraterrestre que tenían preso, el doctor Yashine, Haruo, Senta, Roberta y Svetla soltaron a los cuatro tripulantes de la nave comercial.

Los cuatro habían sufrido mucho y se hallaban debilitados por la pérdida de sangre, pero podrían recuperarse si no recibían más heridas y seguían perdiendo sangre.

—Soy Stojan Cukrov, piloto de la nave apresada por los extraterrestres —se presentó uno de los hombres, sentado en la mesa sobre la cual había permanecido sujeto.

—Yo soy el capitán Kargus, de la «Cosmos XV» —respondió Viktor, mirando a Cukrov—. Vinimos en su ayuda, pero fuimos atrapados también por los hombres-serpiente. Por fortuna, logramos escapar de la sala en donde nos tenían encadenados. Gracias a la pantalla de televisión instalada allí, vimos lo que estaban haciendo estos diabólicos seres con ustedes, y vinimos hacia aquí, para rescatarles.

—Ellos también les vieron a ustedes, capitán Kargus. A través de esa pantalla —señaló el piloto de la nave comercial.

Viktor se fijó en ella.

Era idéntica a la que había en la sala hexagonal.

Y, bajo la pantalla, pegado a la pared, había un aparato electrónico también idéntico al de la sala hexagonal.

—Y abandonaron la sala en seguida, ¿eh? —dijo Viktor.

—Sí, capitán. Se olvidaron de nosotros y marcharon a toda prisa.

—Bueno, al menos sirvió para que ustedes dejaran de sufrir.

—Ha sido terrible, capitán Kargus.

—Lo sé. Uno de mis hombres, el que lleva el traje destrozado, también sufrió heridas y su sangre fue lamida por estos repugnantes seres. Y todos nosotros sufrimos descargas de energía. Fuimos torturados cruelmente y todavía acusamos los efectos de las dolorosas descargas. Pero esos malditos pagarán por todo el daño que nos han hecho, se lo aseguro. Ya hemos matado a tres de ellos. Con sus propias armas, que son temibles. Los tipos se desintegraron totalmente. En cuanto a éste, el que tenemos prisionero…

Stojan Cukrov, que ya miraba al alienígena, preguntó:

—¿Qué lleva al cuello?

—Un collar muy particular. ¿Quiere saber para qué sirve, Cukrov?

—Pues…

—Se lo demostraré —dijo Viktor, y accionó el mando de control remoto que activaba el collar de castigo.

Como pulsó el botón verde, se encendió el disco de ese color y el hombre-serpiente recibió una descarga de energía. Se llevó las manos al cuello, al tiempo que lanzaba un bramido de dolor y todo su cuerpo temblaba.

Cukrov y los otros tres hombres quedaron impresionados.

Viktor dejó de pulsar el botón y cesó la dolorosa descarga, para alivio del extraterrestre, cuyos ojos brillaban ahora intensamente.

—Con esto nos torturaron a nosotros, Cukrov. Son collares de castigo. Nos los colocaron a todos cuando nos capturaron. Sueltan descargas de energía de distinta intensidad.

—¡Son unos demonios!

—Sí, tienen mucho más de eso que de ángeles. Pero nosotros acabaremos con sus crueldades.

—¿De verdad cree que podrán con ellos, capitán Kargus?

—Nos apoderaremos de su nave, no lo dude.

—Son muchos, capitán.

—Nosotros también somos bastantes. Puede que caiga alguno en la lucha, pero estoy seguro de que venceremos. Es necesario, pues, de lo contrario, estos seres seguirán capturando naves y asesinando a sus tripulantes. Por cierto, ¿qué hacía su nave fuera de su ruta, Cukrov?

—La abandonamos momentáneamente porque, hace algunas semanas, otra de nuestras naves comerciales desapareció realizando este mismo servicio —explicó Stojan—. Teníamos la esperanza de encontrarla, aunque sabíamos que era muy difícil. Y la encontramos. Detenida en el espacio, junto a muchas otras. Nos aproximamos..., y caímos en la trampa, como todas esas naves. El ataque de los extraterrestres fue sorpresivo y apenas tuvimos tiempo de lanzar la llamada de socorro y dar nuestra situación.

—Menos mal que nos encontrábamos cerca —dijo Viktor.

—Sí, fue una suerte. De no haber sido por ustedes, capitán Kargus, estaríamos ya los cuatro muertos. Esos malditos hubieran destrozado totalmente nuestros cuerpos con sus garras y habrían absorbido hasta la última gota de nuestra sangre.

—Con nosotros pensaban hacer lo mismo, Cukrov. Pero no lo harán, porque vamos a exterminarlos a todos.

—Ojalá lo consigan, capitán Kargus.

—Confíe en nosotros.

Stojan Cukrov guardó silencio.

Los otros tres hombres, al igual que él, estaban sentados en las alargadas mesas. Permanecían quietos, ya que, al menor movimiento, el dolor de las heridas se acentuaba.

Bent Dagge carraspeó ligeramente.

—Los hombres-serpiente no aparecen, capitán.

—Mejor, teniente.

—No quieren entrar, prefieren que salgamos nosotros —dijo el doctor Yashine.

—Cuando llegue el momento, si ellos no han entrado, saldremos —repuso Viktor, y se acercó a la pantalla de televisión.

CAPÍTULO XII

La pantalla estaba apagada.

El capitán Kargus pulsó una de las teclas del aparato electrónico, como ya hiciera en la sala hexagonal. Esperaba que se encendiera el piloto correspondiente y la pantalla se iluminara, ofreciendo imágenes de alguno de los sectores de la nave extraterrestre.

En esta ocasión, sin embargo, no fue así.

Ni se encendió el piloto, ni se iluminó la pantalla de televisión, que no pudo ofrecer imagen alguna.

Viktor pulsó una tecla.

Ocurrió lo mismo.

Y con la tercera tecla.

Y con la cuarta.

Y con la quinta.

Viktor se olvidó de las restantes, convencido de que no servirían de nada pulsarlas.

La pantalla no se iluminaría ni ofrecería imágenes, porque había sido inutilizada por los hombres-serpiente.

—No quieren que les observemos, los malditos —masculló y le dio una patada al aparato electrónico.

—Seguro que ellos nos están observando a nosotros —dijo el teniente Dagge.

—No sé si será gracias a este extraño aparato; pero, por si acaso…

Viktor retrocedió dos pasos, apuntó el aparato electrónico con el arma que empuñaba, y disparó.

El poderoso rayo anaranjado desintegró el aparato en unos segundos.

Viktor disparó de nuevo, ahora contra la pantalla de televisión, haciéndola desaparecer también.

—Cielo santo… —murmuró Stojan Cukrov, impresionado.

Viktor se volvió hacia él y esbozó una sonrisa.

—Ya le dije que estas armas eran muy peligrosas, Cukrov. Desintegran cualquier cosa en un abrir y cerrar de ojos. Incluso una pared metálica. Y esto, lo de la pared, me está dando una idea.

—¿Qué idea, capitán? —preguntó Bent.

—No saldremos por la puerta, como esperan los hombres-serpiente, sino por el boquete que abriremos en la pared del fondo, con un rayo desintegrador.

—¡Menuda sorpresa se van a llevar! —exclamó Haruo, riendo.

—¡Los vamos a pillar por la retaguardia! —dijo Ulf.

—¡Seguro! —rio también Ossi.

Viktor los miró a todos y dijo:

—Vamos a salir ya. Pero solamente el teniente Dagge y yo, llevando al prisionero por delante, como escudo. Los demás permanecerán aquí, protegidos por las armas de Ulf y Ossi. Estarán más seguros.

—Pero… —murmuró Rudolph Yashine.

—Tranquilícese, doctor. El teniente Dagge y yo no vamos a luchar solos contra todos los extraterrestres. Sólo intentaremos causarles algunas bajas. Y conseguir más armas, si es posible. Después, regresaremos y continuaremos la lucha todos juntos. ¿De acuerdo…?

No hubo objeciones, aunque sí preocupación general, pues se temía por la vida del capitán Kargus y del teniente Dagge. En el fondo, sin embargo, los miembros de la tripulación comprendían que el capitán Kargus tenía razón.

Salir todos juntos de la sala, teniendo en cuenta que el doctor Yashine, Haruo, Senta, Roberta y los cuatro tripulantes de la nave comercial no disponían de armas, era muy arriesgado.

Si eran atacados por un numeroso grupo de hombres-serpiente, algunos de ellos podrían perder la vida. Era más seguro quedarse en la sala de sacrificios, mientras el capitán Kargus y el teniente Dagge trataban de conseguir armas para todos.

De conseguir armas… y de reducir el número de alienígenas, que

también era muy importante.

* * *

El capitán Kargus y el teniente Dagge se habían situado ya frente a la pared del fondo, y tenían delante al prisionero, que seguía sin atreverse a nada.

—¿Listo, teniente? —preguntó Viktor.

—Cuando quiera, capitán —respondió Bent.

—Vamos allá.

Viktor apuntó a la pared con su arma y disparó.

Un sector de la misma, de casi un metro de diámetro, se tomó anaranjado, se llenó de luz, y luego se desintegró.

—¡Afuera, rápido! —dijo Viktor, empujando al prisionero.

El hombre-serpiente fue el primero en pasar por el amplio boquete seguido del capitán Kargus y el teniente Dagge, con las armas prestas a lanzar rayos desintegradores.

En la sala contigua, de forma cuadrangular, se veían una serie de extrañas máquinas, pero no había ni un solo extraterrestre.

Viktor obligó al prisionero a caminar hacia la puerta, que empezó a abrirse silenciosamente en cuanto el alienígena estuvo delante de ella.

Sin esperar a que acabara de abrirse, Bent asomó la cabeza por el hueco y echó una mirada al corredor.

Había un grupo de hombres-serpiente, esperando que los prisioneros terrestres se decidieran a salir de la sala de sacrificios. Eran exactamente ocho y todos se hallaban de espaldas a la puerta de la sala cuadrangular que ahora ocupaban el capitán Kargus, el teniente Dagge y el prisionero.

Bent se ocultó rápidamente y agarró el brazo izquierdo del extraterrestre.

—Ahí los tenemos, capitán. Son ocho, pero nos dan la espalda. Podemos eliminarlos.

—Bien —respondió Viktor, agarrando del brazo derecho al prisionero.

Había que evitar que echara a correr, que se arrojara al suelo, o que intentara cualquier otra cosa. Tenía que servirles de escudo protector.

La puerta acabó de abrirse.

Los hombres-serpiente que permanecían en el corredor, no se habían enterado de que la puerta de la sala cuadrangular se ponía en movimiento.

El capitán Kargus y el teniente Dagge salieron al corredor llevando por delante al prisionero, y empezaron a disparar sobre el grupo de alienígenas.

Al verse atacados por la espalda, los extraterrestres se revolvieron con rapidez, pero no se atrevieron a disparar, por temor a desintegrar a su compañero.

Viktor y Bent se protegían perfectamente con el cuerpo del hombre-serpiente, quien, aterrado, veía cómo sus compañeros se iban desintegrando, alcanzados por los disparos de la pareja de terrestres.

Sólo quedaban dos alienígenas con vida.

Intentaron huir, corriendo como gamos, pero Viktor y Bent dispararon de nuevo y los rayos anaranjados alcanzaron en la espalda a la pareja de extraterrestres.

Los dos hombres-serpiente dejaron al instante de correr, se volvieron del color de los rayos desintegradores, despidieron una extraña fluorescencia, y luego desaparecieron.

—No hemos conseguido más armas, capitán —dijo Bent.

—No, se han desintegrado con ellos —respondió Viktor.

—Bueno, al menos hemos desintegrado a ocho extra-terrestres más. Y llevamos once.

—Tengo una idea, teniente.

—¿Otra…?

—Nuestras armas deben de estar en esta nave, porque no creo que los hombres-serpiente nos despojaran de los cintos en la nuestra, antes de cargar con nosotros…

—¿Y…?

—Nuestro «amigo» puede llevarnos hasta ellas.

—¡Sería magnífico! —exclamó Bent

—¿Lo has oído, compañero? Queremos recuperar nuestras armas. Y tú vas a llevarnos hasta ellas, a menos que quieras convertirte en humo y luego disiparte.

El extraterrestre, que deseaba seguir con vida, accedió a guiar al capitán Kargus y al teniente Dagge hasta el lugar en donde dejaran los cintos de los prisioneros terrestres.

* * *

En la sala de sacrificios, el doctor Yashine y los demás aguardaban nerviosamente el regreso del capitán Kargus y del teniente Dagge.

Ulf Arwich vigilaba la puerta de la sala, que seguía cerrada.

Ossi Lonnquist se encargaba de vigilar el boquete abierto en la pared del fondo por el capitán Kargus.

Haruo Tatsuya, las chicas y los cuatro tripulantes de la nave comercial se habían protegido entre las mesas alargadas, por si aparecían de pronto los hombres-serpiente, disparando sus armas.

Stojan Cukrov y sus tres compañeros seguían sufriendo a causa de las dolorosas heridas. Los cuatro tenían fiebre.

Una fiebre alta, peligrosa.

Necesitaban atención médica, pero el doctor Yashine poco podía hacer por ellos, al no disponer de medicamento alguno. No podría curar sus heridas hasta que estuvieran en la «Cosmos XV», pero esto era algo que aún no se sabía si podrían conseguir.

El capitán Kargus aseguraba que sí, que vencerían a los extraterrestres y dominarían su nave, pero a nadie se le ocultaba que la lucha sería muy difícil, dado el elevado número de alienígenas y el temible poder de sus armas.

De pronto, Ulf dio un respingo y exclamó:

—¡Atención! ¡La puerta se está abriendo!

CAPÍTULO XIII

Dejaron todos de respirar.

Podían ser el capitán Kargus y el teniente Dagge, que regresaban, pero también podían ser los hombres-serpiente, que se habían decidido a penetrar en la sala de sacrificios.

Ossi Lonnquist había dejado de apuntar hacia el boquete de la pared del fondo y había vuelto su arma hacia la puerta de la sala. Ulf Arwich también apuntaba hacia allí con la suya.

Haruo Tatsuya maldijo para sus adentros.

Echaba de menos un arma.

Lo mismo sucedía al doctor Yashine.

Y a las chicas.

Era terrible saberse indefensos, cuando sus enemigos disponían de unas armas tan poderosas.

También Stojan Cukrov y sus tres compañeros, a pesar de su estado, hubieran dado cualquier cosa por poseer una pistola de rayos láser o cualquier otro tipo de arma.

La puerta de la sala seguía abriéndose silenciosamente.

Once pares de ojos estaban clavados en ella, fijamente, sin pestañear.

El nerviosismo se acentuó.

No podían ser el capitán Kargus y el teniente Dagge.

Hubieran entrado ya, para tranquilizarles.

Había hueco suficiente.

La puerta acabó de abrirse.

Entonces, sí apareció alguien.

¡Los hombres-serpiente!

¡Seis en total!

¡Disparando sus armas!

Ulf y Ossi reaccionaron con celeridad, accionando también los temibles objetos cilíndricos.

Los rayos desintegradores se entrecruzaron.

La superioridad numérica de los hombres-serpiente no sirvió de nada, porque Ulf y Ossi se hallaban parapetados y ofrecían un blanco difícil, mientras que los extraterrestres luchaban a pecho descubierto.

Los rayos enviados por la pareja de terrestres alcanzaron a los hombres-serpiente, que comenzaron a desintegrarse. Por contra, los disparos efectuados por los alienígenas sólo consiguieron desintegrar un par de mesas alargadas y dos sectores de la pared del fondo de la sala, que pasó a ofrecer tres grandes boquetes

En cuanto los seis extraterrestres se desintegraron por completo, la puerta se cerró automáticamente.

Ulf, Ossi y los demás respiraron tranquilos.

Pero sólo por el momento.

Habían ganado una lucha, pero no la batalla, que iba a continuar.

* * *

El prisionero había conducido al capitán Kargus y al teniente Dagge a una pequeña habitación, en donde, efectivamente, se hallaban los cintos de los terrestres, con sus correspondientes armas.

No se habían tropezado con ningún hombre-serpiente por el camino, pero Viktor y Bent sospechaban que su salida de la sala de sacrificios había sido advertida ya por los extraterrestres.

De ahí que estuvieran deseando regresar cuanto antes con el doctor Yashine y bs demás. Y ya podían hacerlo, porque tenían las armas que necesitaban.

Viktor se puso rápidamente su cinto.

Tenía ganas de usar su pistola, que no tenía mucho que envidiar a las armas de los hombres-serpiente, pues también podía desintegrar, aparte de destruir, perforar, abrasar, paralizar durante diez minutos o dejar inconsciente.

Bent se colocó también su cinto, del que pendía una pistola de

rayos láser, que también era un arma muy efectiva.

El alienígena que los había guiado hasta allí no quería volver a la sala de sacrificios. Estaba harto de servir de escudo, porque era muy peligroso, así que decidió atacar al capitán Kargus y al teniente Dagge.

Saltó sobre ambos como una fiera y los derribó a los dos.

El hombre-serpiente pretendía dos cosas, fundamentalmente.

La primera, impedir que los terrestres pudieran accionar el mando de control remoto que activaba el collar de castigo que él seguía llevando al cuello.

La segunda, apoderarse de una de las armas.

Intentó arrebatarle al capitán Kargus la suya.

No su pistola de rayos, que seguía enfundada, sino el arma alienígena, que continuaba empuñando el terrestre.

El teniente Dagge no se atrevió a utilizar la suya, por temor a desintegrar también al capitán Kargus, así que recurrió rápidamente al mando que activaba el collar de castigo.

El extraterrestre le vio y le atizó una patada en la cara, haciéndole rodar por el suelo.

—¡Maldito! —rugió Viktor, mientras luchaba con el hombre-serpiente.

Este intentó destrozarle la cara de un zarpazo, pero el terrestre supo evitarlo. Y no sólo eso, sino que le propinó un terrible cabezazo en la boca.

El alienígena lanzó un alarido de dolor y le soltó en el acto, momento que aprovechó Viktor para apartarlo de un empujón y dispararle con el arma al extra-terrestre.

El rayo anaranjado desintegró al hombre-serpiente.

Viktor y Bent se irguieron, éste último sangrando ligeramente por la nariz.

—¿Se encuentra bien, teniente?

—Sí, capitán, no se preocupe.

—El tipo quería sorprendemos.

—Ya no podrá sorprender a nadie más.

—Carguemos con los cintos y volvamos con los demás, teniente. Pueden estar en apuros.

—Si han sido atacados, Ulf y Ossi habrán sabido hacer buen uso de las armas alienígenas, estoy seguro.

—Sí, yo también confío en ellos —sonrió Viktor.

Tomaron los cintos y abandonaron rápidamente la pequeña habitación.

* * *

En las sala de sacrificios seguía la tensión, el nerviosismo y la preocupación.

—Tardan demasiado en volver —rezongó Ulf.

—No hace tanto que el capitán Kargus y el teniente Dagge se marcharon —repuso el doctor Yashine.

—A mí me parece un siglo —masculló Ossi.

—Volverán, no os preocupéis —aseguró Senta—. Y traerán armas.

—Seguro —dijo Roberta—. El capitán Kargus y el teniente Dagge tienen muchas agallas.

—Pero hay tantos hombres-serpiente en esta maldita nave… —rezongó Svetla.

—Daría mi mano izquierda por tener un arma —masculló Haruo—. Y si la tuviera, iría en busca del capitán Kargus y del teniente Dagge. Pueden hallarse en dificultades.

—Debemos confiar en ellos, Haruo —repuso el doctor Yashine.

Todavía flotaban en el aire sus palabras, cuando aparecieron Viktor y Bent, cargados con los cintos.

—¡Ya están aquí! —exclamó Senta, jubilosa.

—¡Y traen nuestras armas! —gritó Haruo, no menos contento.

—¡Ya no es necesario que te quedes manco, Haruo! —dijo el doctor Yashine, haciendo reír al oriental y a los demás.

Viktor y Bent habían entrado por uno de los boquetes de la pared

del fondo. Mientras distribuían las armas, el primero preguntó:

—¿Han sido atacados por los hombres-serpiente, doctor Yashine?

—Sí, por seis de ellos, capitán. Pero Ulf y Ossi los desintegraron a todos con sus armas —respondió el médico.

—Nosotros eliminamos a ocho. Nueve, contando con el prisionero, que intentó sorprendernos. Y como antes ya habíamos desintegrado a tres, suman doce. Más los seis que desintegraron Ulf y Ossi, dan un total de dieciocho. Son muchos, así que deben quedar pocos en la nave. Y como ahora disponemos todos de armas, vamos a ir a por ellos. Acabaremos con los pocos que quedan y la nave será nuestra —dijo Viktor, sonriendo, porque veía cerca el triunfo final.

* * *

En la nave extraterrestre, efectivamente, quedaban ya muy pocos hombres-serpiente.

Y estaban asustados, porque sabían que los prisioneros terrestres habían recuperado sus armas y estaban deseando utilizarlas contra ellos.

En efecto, las utilizaron.

Y acabaron con todos los hombres-serpiente, que no pudieron ofrecer mucha resistencia, dado su escaso número.

La nave extraterrestre quedó en poder del capitán Kargus y los suyos.

Pero los terrestres no deseaban permanecer en la nave alienígena, sino regresar al «Cosmos XV».

Y eso hicieron.

EPÍLOGO

Ya en el «Cosmos XV», Stojan Cukrov y sus tres compañeros fueron debidamente atendidos por el doctor Yashine, lo mismo que Haruo Tatsuya.

No sólo había que curar sus heridas, sino desinfectarlas bien, porque habían sido lamidas por las asquerosas lenguas de los hombres-serpiente y había que eliminar totalmente los efectos de ese repugnante contacto.

Antes de abandonar el lugar, el capitán Kargus ordenó destruir la nave extraterrestre. Y destruida fue, con los cañones de rayos de la «Cosmos XV».

El resto de las naves quedaron allí, quietas, solitarias y silenciosas. Pero pronto serían recogidas. En cuanto el capitán Kargus presentase un detallado informe de la aventura que habían vivido en aquel lugar del espacio sideral.

Viktor, por el momento, no lo preparó.

Tiempo tendría para hacerlo.

Lo que ahora quería era descansar.

Y se retiró a su camarote.

En esta ocasión, además del cinto y las botas, se despojó también del traje, quedando en slip. Y así se tumbó en su litera, dispuesto a dormir unas horas.

No pudo, porque recibió una visita.

La de Senta Bieler.

Y esta vez no le traía una taza de café recién hecho.

Antes de que Viktor dijera nada, la hermosa pelirroja le echó los brazos al cuello y le besó apasionadamente en los labios.

Viktor, en esta ocasión, no dudó en devolverle el beso al instante.

Y la abrazó.

Y le acarició los tentadores muslos.

La deseaba.

Y ella parecía desearle a él.

Por eso, cuando se separaron sus bocas y Senta preguntó:

—¿Puedo quedarme, capitán Kargus?

Viktor se apresuró a responder:

—Claro.

Volvieron a besarse con pasión.

Y, poco después, hacían el amor.

También con pasión.

Con mucha pasión.

Ninguno de los dos, naturalmente, se acordaba ya de los hombres-serpiente y de lo mal que lo habían pasado mientras estuvieron en su poder...

FIN